



Dib. CASTANY S.—Barcelona.

—Me parece, padrino, que el canario se nos va a ahogar.
—¿Y por qué?
—Porque en una jaula tan pequeña no va a tener aire suficiente para respirar.

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ

LOS FAMOSOS
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER y COMP^ª
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

Talleres PRENSA NUEVA.—Calvo Asensio, 3, Madrid.



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

4.—No hay que apurarse.

oioi8i
OOO

7.—¿Qué tal el comportamiento
del chico?

Nota en favor
Dialecto

9.—Su mejor cualidad.

A M O R
S A
PUNTA

5.—Por si tienes miedo.

HACHA
1000 1000
PANA

8.—Hombre célebre.

S O I D
O
CAPITAL
DIBUJANTE

10.—¿Dónde resides?

O
H

6.—De Levante

CABALLO COMUN

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solu-
ción que se nos remita con destino
a nuestro CONCURSO DE PASA-
TIEMPOS del mes de julio



—¿Verdad que éste es un parque precioso, Jorge?
—Sí; pero me parece que está muy mal amueblado.

(De The Humorist).

Casa Seseña
GRAN SASTRERIA
 Proveedor de la Real Casa
 La más surtida, elegante y económica de Madrid
 Trincheras Gabardinas, Americanas de punto y Pantalones de tenis
 CRUZ, 30, Y ESPOZY MINA, 11
 Unica sucursal: CRUZ, 27
 Teléfono 11.987

DEPILATORIO VITA
 Depilación segura, rápida y completamente inofensiva del vello y pelo superfino que tanto afea a la mujer.
 De venta en Perfumerías A. B. OLIVE. Cuesta de Santo Domingo, 7 MADRID

FCA DE GUANTES
 MARIO HERRERO
 SUCESOR DE
G. Zurro
 SON LOS MEJORES POR SU CLASE Y ESMERADA CONFECCIÓN
 MADRID
 PROVEDOR REAL
 COARTE INGLÉS
 CARRETAS, 14
 SUCURSAL: ALCALÁ 33 LAS CALATRAVAS

ALBERTO Pulseras de pedida 7, CARRETAS, 7

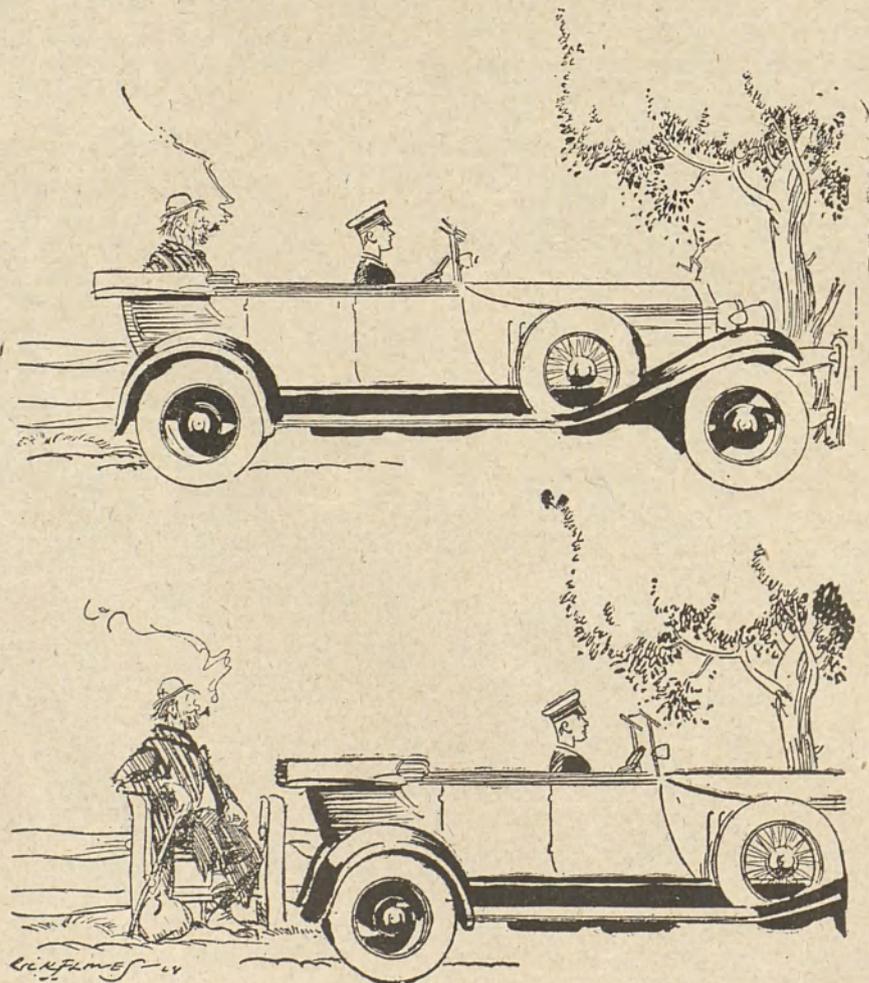
SUSPIROS DE ESPAÑA
 Vino de damas; exquisito para meriendas
 Bodegas de LOS CEAS

OZONOPINO Ruy-Ram

CANAS

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta todas partes y autor N. López Caro Santiago y Sucursa de Barcelona, Caspe, 32 donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pidase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

SANTIAGO



LAS COSAS NO SON SIEMPRE LO QUE PARECEN

CUPON
 correspondiente al número 345 de BUEN HUMOR
 que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea

TRAMPANTOJOS

REFLEXIONES
SORPRENDIDAS

Aquel hombre del bastón largo se va diciendo: "Este bastón es muy largo para mí, este bastón es muy largo para mí". Y es verdad porque anda como un compás.

Aqué! piensa: "Tengo tan roto el bolsillo del chaleco que si tuviera dinero todo se me iría por la rotura".

Aqué! se dice: "¿Se me verá que llevo roto el calcetín?"

Aqué!: "Ya no tengo pasta para afeitarme. Me voy a tener que afeitarse con jabón de cocina".

Aqué!: "Mi cuñada es más guapa que mi mujer. ¡Si yo pudiese convertir a mi cuñada en mi mujer y a mi mujer en mi cuñada!"

Y parece que esa multitud que pasa a nuestro lado es una multitud terrible de pensadores y observadores fugaces. ¡Y tenemos miedo al público!

EL TIMBRE
DEL CRUCE EN X

En un descuido, aquel niño que leía todos los periódicos infantiles, adiestrándose en ser un diablo, se dirigió al timbre de la circulación y trastornó aquel cruce en X, que era el más peligroso y complicado de la ciudad.

Alterado todo el orden del pasaje, tacharon los tranvías transversales a los tranvías en dirección Norte-Sur. En resumen, más de cien desgracias personales en pocos minutos.

Pero el niño creció tanto con aquella hombrada, que acabaron por venirle chicos los pantalones.

LA MANCHA VINOSA

Aquella mancha cárdena en el rostro le daba un tipo de sayón triste.

Había visto a muchos especialistas y había tomado tantas pastillas contra aquello, que le habían llegado a salir manchas amarillas y manchas escarlatas, además de la que era lo que se llama "un defecto de la fabricación".

El amigo fantástico que siempre es el que encuentra el sistema de las curaciones lógicas, las verdaderas consecuencias del *similia similibus curántur*, le recomendó que cogiese una borrachera infinita, cuanto más grande fuese la turpita mejor, "de vino tinto, claro está".

El hombre de la mancha morada agarró una cogorza—¡la de hojas y

capas de borrachera que tiene una cogorza!—y a los dos días—pues durmió una mona de cuarenta y ocho horas—apareció sin la mancha natal.

EL GENIAL REMENDON

Aquel pobre zapatero de portalillo que vive como un pastor del calzado, estaba desolado ante tanto dejarle a deber las composturas.

¿Qué inventar contra los morosos?

Maravilloso caletre el suyo. Inventó unas medias suelas ruidosísimas, que sólo dejaban de sonar cuando le pagaban y él las quitaba la clavija del ruido.

EL NAUFRAGIO DE LA
REGATEADORA

El balandro a listas ganó todos los premios: el de velocidad, el de dirección, el de resistencia, el de zarrandeo.

Numerosas copas le fueron entregadas en propia mano al acercarse al Club Náutico.

Relucía el balandro como una bandeja en que servir helados de mar a Plutón.

Con la coquetería de sus relucientes copas, la regateadora—mucho había tenido que regatear para que le dieran tantos premios—dió un último paseo por alta mar y de pronto "sombreó" el barco en las aguas y comenzó a hundirse cargado por el trofeo, abrumado de grandes hueveras de metal, sobreescriturado de inscripciones.

GREGUERIAS

Era tan fresco aquel tipo, que cobraba un seguro de maternidad.

Aquel erudito no tenía vacíos. ¡Tan lleno de citas estaba!

RAMÓN
GOMEZ DE LA SERNA



Dib. SILENO.—Madrid.

Cosas de la Eugenia...

Llegó por fin la noticia... Tenía que llegar un día u otro... Parece insólita, repentina, explosiva; pero, en realidad, venía germinando desde hace no poco tiempo. Y esa noticia, lo mismo que otras muchas de igual jaez que irán apareciendo, estaba, en rigor, prevista.

En Yugoslavia (27, 10 m.) están las maestras que tocan el cielo con las manos porque el Gobierno les prohíbe el matrimonio con varón que no sea maestro.

¿Se sorprenden ustedes? Pues no se sorprenda nadie. Estaba visto. *Natura non fecit saltus*. No los den ustedes tampoco por algo natural. La Natura procede paso a paso. Se acerca paso a paso, paso a paso, y cuando llega a nuestra vera, ¡zás! nos suelta un puntapié en la espinilla. Paso a

paso. Como el gato que ha olido el entrecot puesto a refrescar en la ventana y se acerca despacito, en zapatillas, hasta que le hinca el diente al filete. Entonces la Natura sí que *fecit saltus*... Pues ¡digo!... ¡que se juega!... Del primer brinco que da se va al alero.

La natura femenina de las yugoeslavas ha dado también un *saltus* tan tremendo cuando les han dicho el decreto, que han subido, no digamos al alero, sino mucho más arriba; el cielo mismo. Han tocado el cielo con las manos del salto que han pegado, y han puesto el grito en el mismo.

La cosa es para tanto.

¿Por qué a las yugoeslavas les van a dejar el yugo tan venido a menos? Cosas de la Eugenia...



Dib. GORI.—Madrid.

—Me produjo una herida de arma de fuego...
—¿Te dió un tiro?
—No; me dió con una plancha.

Señoras, tengan ojo... La Eugenia es esa ciencia que antes se aplicaba a los toros, a los perros, a los caballos y a las naranjas de grano de oro, y según la cual deben ser escogidos los padres con arreglo a determinadas condiciones, a fin de que los hijos puedan salir con arreglo a los cálculos previos, no ya del Creador, sino más bien del criadero.

Era lo que decían los antiguos: "De tal palo, tal astilla"... La Eugenia se ha dicho: "Está bien; escojamos bien los palos, y las astillas saldrán... de palo santo."

Así los ganaderos conservaron las casas de sus ganaderías y así vosotras, ¡oh damas!, vais a ser sometidas al mismo tratamiento. No os enojéis; no es para tanto: no se os va a tratar, por eso, de animales. Si bien la ley del cruce y de la selección natural y el mestizaje fué aplicada a los perros y a los toros, fué también aplicada a las palomas y, sobre todo, a las flores... Aplicaros esa ley viene a ser como deciros: "Pichona... Rosa mía... No te enfades tú, media naranja, que te vamos a poner el grano de oro..."

Varias mujeres filantrópicas habían ya puesto en práctica esta ley escogiendo su pareja conyugal con arreglo a las tablas de multiplicar y no a los versos del amor a todo 0,65. Si hubo ya en la historia varios casos de niños que nacieron con granos y con oro, fué porque se hizo la unión de las dos medias naranjas con arreglo a las leyes del injerto.

Pero esta salutífera costumbre había estado abandonada por parte de los Gobiernos. Esto era inconcebible e imprudente. En esta ley de la Eugenia estaba el arma grande; el instrumento sin igual para "hacer pueblo". Era seguro, pues, que un día u otro tomarían por su cuenta la cuestión los ministros de Fomento.

Hasta ahora sólo existe el Fomento de la cría caballar. En Yugoslavia existe ya el Fomento de la cría de maestros.

Eso es hacer patria; y lo demás, perder el tiempo. Sorprende, bien pensado, que ningún Gobierno hasta ahora haya tomado en serio ese Fomento y no se haya decidido antes de ahora a aplicar fomentos de esa clase a determinadas partes del pueblo. ¿No es corriente en toda clase de Gobiernos ha-

cer elecciones a su gusto? Pues más vale hacer electores. Y una vez decididos a la fabricación por serie de ciudadanos perfectos, es lógico empezar por la serie "M grande"; es decir, la de maestros, permitiéndonos llamarla de ese modo para diferenciarla de la "M chica", que es la de los ministros.

Una vez fabricado el maestro y la maestra, ellos educarán a los demás; y si por casualidad faltara este optimismo pedagógico y la enseñanza escolar no diera, con el tiempo, los resultados felices que se esperan, ¡nuevo avance eugénico!: combinación mixta de maestro o de maestra de primera con semianalfabeto rozagante, a fin de producir el tipo de maestro auxiliar nato, mixto de discípulo y profesora, apto, pues, lo mismo para enseñar que para aprender.

El plan es de una concepción, como ven ustedes, grandiosa.

Las maestras, sin embargo, se han puesto, según dicen—y con razón—, fuera de tino. Alegan, en contra de la ley, dos razones muy distintas: la una, de poco peso; la otra, en cambio, de arroba.

Dicen, según la primera, que la elección libre, por amor, queda vulnerada de ese modo. Pero esto no tiene fuerza: las elecciones libres no tienen ya, en ningún lado, sentido vigente. Si los maestros fueran a tener elecciones libres comenzarían a poner en práctica en clase las afinidades electivas, y a éste lo encontrarían sobresaliente, a éste notable, a éstos otros buenos y, en cuanto a los demás, se dirían, para salir de dudas de una vez: "Vamos a aprobarlos."

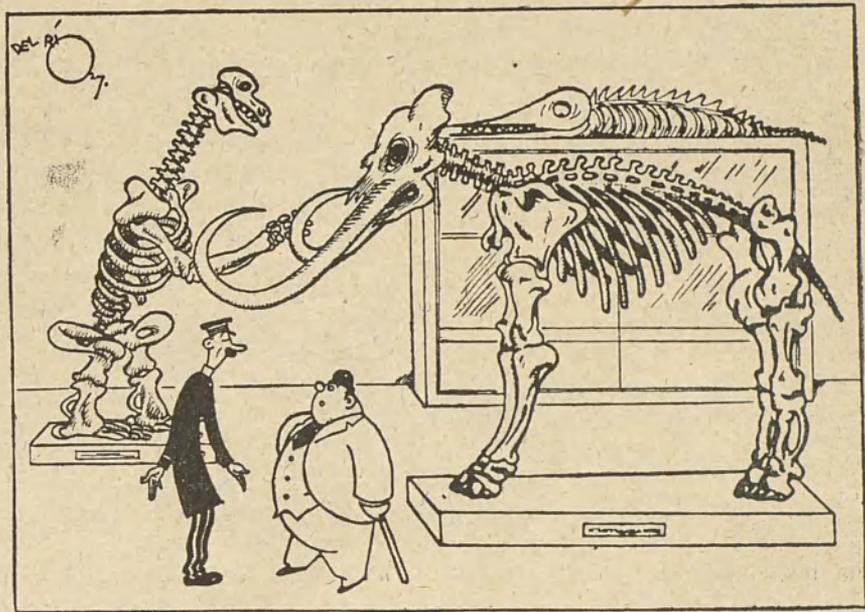
El otro argumento, en cambio, es atendible porque está pensado sin meterse para nada con la Eugenia.

Dicen las maestras que en la profesión no hay buenos mozos; que no se ha dado el caso de que se dediquen a maestros los Barrymore, los Novarro, los Douglas, los Valentino...

Natural, sí, señor; natural y electro-técnico: las electricidades iguales se repelen; las contrarias, se atraen; para que haya corriente y todo marche al pelo se necesita un + y un -; electricidades positivas y negativas. Siendo ellas las positivas—y lo son, como se puede ver, en este caso—, necesitan unos negativos, o como se dice en lenguaje vulgar: unos negados.

Negados, pero fotogénicos...

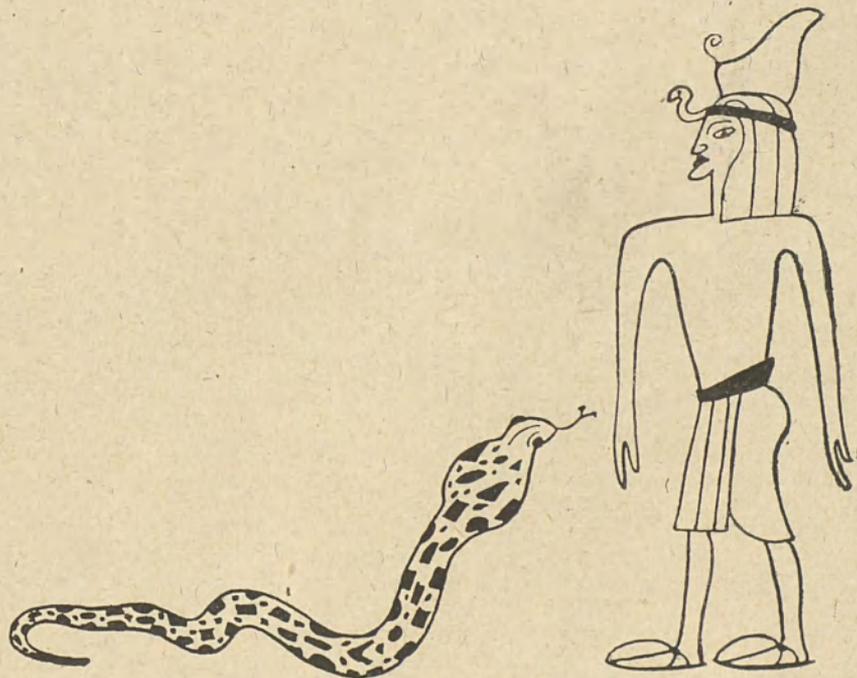
MANUEL ABRIL



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—¡Caramba, Pérez, qué delgado te encuentro!

—¡Como que me estoy quedando en los huesos!



Dib. FUENTE.—Madrid.

El aspid a Cleopatra.—Nada, nada; no te pongas tonta; como no traigas receta no te doy tóxico.

Siguen las erratas

En muchas publicaciones continúa habiendo erratas. Ahí van algunos botones de muestra... y dos mil perdones os pido por estas latas.

Cometió Rosario Pozo grave *falta* con un mozo, y leo en cierto diario que en un triste calabozo purgó su *falda* Rosario.

II

¡Cada errata es un *deleite!*... Tratando de un juez, ya muerto, cierto cajista inexperto dijo que "obró con aceite", en vez de "obró con acierto".

III

Hablando del cirujano del Ecuador, Juan Ossorio, el linotipista Urbano, por "ilustre ecuatoriano" puso "ilustre evacuatorio".

IV

En cierto periodiquito, por error impreso está que Ruiz cometió un delito y fué llevado a la *Ca-misería* del distrito, donde algunos dependientes (gentes poco distinguidas) se mostraron diligentes y tomaron *las medidas* que creyeron convenientes.

V

Hablando de un festival, dijo un diario formal que el marqués de las Casetas dió noventa y dos pesetas por su *polca* principal.

VI

Un libro decir debió, hablando de cierta viuda, "porque era moda"... Y la erró, pues dice que se cortó el pelo, porque era *muda*".

VII

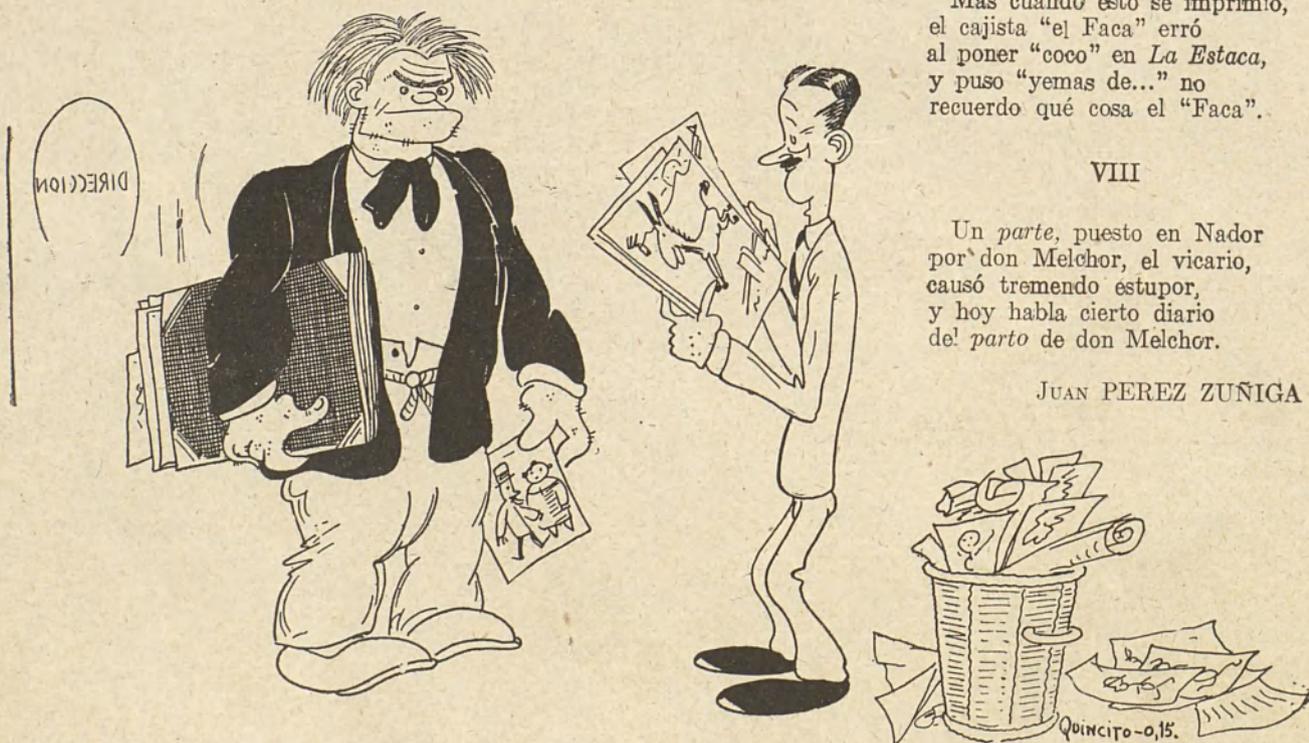
La Estaca, diario local, dijo en un suelto hace poco que, en su hotel, Carmen Moral, dió un té surtido y cabal, ¡hasta con yemas de coco!

Mas cuando esto se imprimió, el cajista "el Faca" erró al poner "coco" en *La Estaca*, y puso "yemas de..." no recuerdo qué cosa el "Faca".

VIII

Un *parte*, puesto en Nador por don Melchor, el vicario, causó tremendo estupor, y hoy habla cierto diario del *parto* de don Melchor.

JUAN PEREZ ZUÑIGA



Dib. QUINCITO (0,15).—Madrid.

—Dígame la verdad. ¿Qué le parecen estos dibujos?

—No se lo puedo decir, porque es usted mucho más bruto que yo.

Nuevas definiciones exactas

Para uso de los que quieran conocer a fondo el idioma

CIGARRO.—Tubito de papel, relleno de una sustancia indefinible que sirve para hacerse polvo la laringe y para entablar conversación con los compañeros de viaje.

AUTOMÓVIL.—Máquina infernal destinada a estropear las carreteras y a espachurrar a las personas que cruzan las calles leyendo periódicos.

ESTILOGRÁFICA.—Objeto cilíndrico, terminado en punta con el que se manchan los dedos y los trajes los hombres de negocios.

LITERATURA.—Enfermedad contagiosa, que aumenta las secreciones de bilis y cuya curación no se ha resuelto todavía.

SEÑORITA.—Objeto de adorno, que todavía tiene compradores y que nun-

ca se está quieto en el sitio donde le dejan.

TELESCOPIO.—Aparato que existe en los Observatorios y que sirve para que unos señores llamados astrónomos cobren un sueldo todos los meses.

CAFÉ.—Establecimiento donde los hombres y las mujeres se hacen el amor, los literatos escriben y los idiotas hablan de política.

FUNICULAR.—Especie de tranvía con el que se logra marear a los viajeros.

MECHERO AUTOMÁTICO.—Mecanismo curiosísimo del cual se consigue a veces arrancar chispas y quemarse las cejas y las pestañas.

VOLQUETE.—Automóvil de dos ruedas.

CARRETILLA.—Automóvil de una rueda.

MANTECADO.—Sustancia elaborada a brazo a base de huevo, pero que nunca se fabrica con huevo.

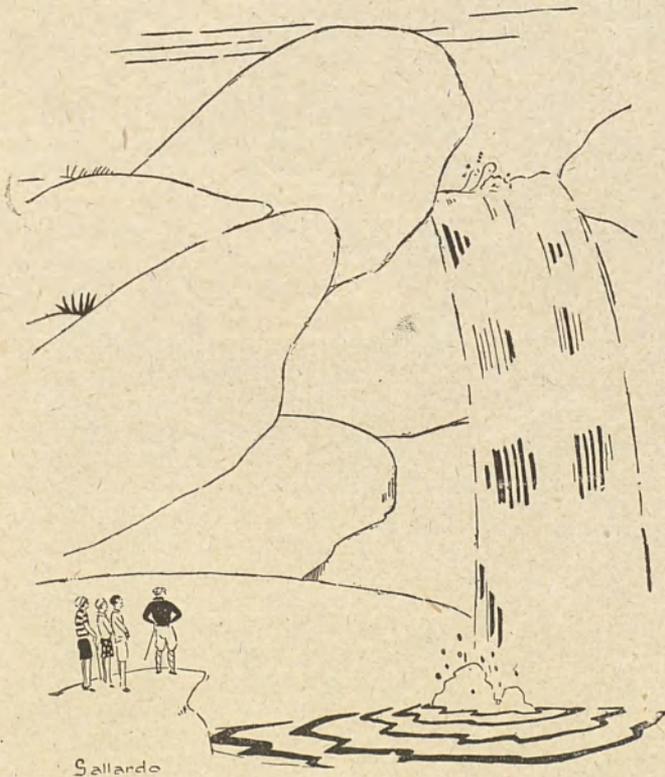
ESCAPARATE.—Especie de vitrina que se coloca en las plantas bajas de los edificios, para que las mujeres se entretengan un rato cuando salen de paseo y puedan mirarse la cara.

CAMARERO.—Hombre amable y servicial que está siempre dispuesto a estropearnos la ropa, tirándonos encima, líquidos diversos.

ANCIANA RENTISTA.—Microbio que solo vive ya en los países incultos.

NIÑO.—Único individuo de la especie humana que no da asco.

PERRO.—Individuo que no pertenece



Dib. GALLARDO.—Madrid.

El guía.—Estas son las célebres Cataratas; y si las señoras se callan un poco, podrán oír el estrépito de las aguas.



Dib. ARANA.—Madrid.

—¡Qué tarde más hermosa! Si tuviera dinero te pagaba un vaso.

—No importa; vamos a tomarle: la tarde convida.

ce a la especie humana, para honra suya.

CABARET.—Cuadra decorada con colores chillones.

INTELIGENCIA.—Cualidad que distinguió a algunos seres hace muchos siglos.

BASTÓN.—Objeto alargado, provisto de puño y contera en sus extremos, y que sirve para que se diviertan nuestros amigos.

RANA.—Bichito que da saltos y emite gritos toncos y que, sin embargo, no trabaja en los teatros de revistas o de variedades.

RELOJ.—Aparato destinado a medir el paso del tiempo, y que en las mudanzas se lleva siempre debajo del brazo.

TERMÓMETRO.—Artificio existente en algunas casas y merced al cual, nadie vive tranquilo.

MOTOCICLETA.—Vehículo muy utilizado para emulsionar el cuerpo humano.

ESQUELETO.—Conjunto de huesos de diferentes formas y tamaños, muy útiles para averiguar que los médicos no saben por dónde se andan.

PELUQUERÍAS.—Lugares públicos, en donde dejamos nuestro pelo, dando dinero encima.

PELUQUERO.—Mago moderno que, por una extraña serie de operaciones, nos quita la barba consiguiendo que nos vuelva a brotar a los diez minutos.

PATATAS FRITAS.—Virutas sacadas de una madera desconocida, que atravesamos a fuerza de sal y a fuerza de aceite.

TALENTO.—Cosa que todo el mundo elogia, pero que nadie paga.

CINEMATÓGRAFOS.—Lugares oscuros, en los que hay demasiada luz.

DENTISTA.—Caballero muy fino que nos agujerea todas las muelas sanas con un torno eléctrico, y luego se apresura a taparnos aquellos agujeros, cobrándonos un sentido por cada taponadura.

VERDUGO.—Es lo mismo que "hombre", pero cobrando sueldo.

AMOR.—Sistema de espejos colocados de tal manera, que, estando solos, nos creemos que estamos acompañados.

LUNAR.—Imperfección de la piel que las mujeres han elevado a la categoría de gracia digna de admirarse.

COMPAÑERO EN LA LITERATURA.—Especie de hombre que declara que nos admira, y que habla mal de nosotros a todo el mundo.

VARGUEÑO.—Arca de madera, atribuida a Luis Vargas (siglo XVI), y que se fabrica a docenas en Barcelona.

FATUO.—Hombre que lo sabe todo, menos que es un camello.

ESPEJO.—Lámina pulimentada que refleja las imágenes, y que sirve para tener un disgusto cuando se cae al suelo.

CRIADA PARA TODO.—Extraña criatura, nacida en un pueblo que nunca está en el mapa, y que cobra un sueldo por descabalar vajillas.

HUMORISMO.—Tendencia extravagante, que todos los imbéciles se apresuran a definir, y que nace a consecuencia de las malas digestiones.

AYUDA DE CÁMARA.—Hombre que menos se parece al hombre.

MONUMENTO.—Bloque de piedra que perpetúa una figura ya desaparecida y que sirve para poner en ridículo a esa figura y a un escultor.

CAMPESINO AGRICULTOR.—Hombre que, sin ser creyente, se pasa la vida mirando al cielo.

MULA.—Mamífero que todavía no se ha decidido a escribir.

CENICERO.—Pebetero moderno que arroja perfume de cerilla quemada.

ESPIRITISMO.—Práctica que adoran algunas mujeres, porque creen que les va a permitir hablar con alguien cuando no tengan con quien hablar.

PESCADERÍA.—Depósito de cadáveres conservados en hielo.

RECORDAR.—Operación idéntica a la de pelar cebollas, porque siempre acaba por hacernos llorar.

POETA.—Hombre a quien no hay quien soporte en la intimidad y que estuvo muy de moda en las épocas en que las gentes se lavaban poco.

ARTÍCULO, CUENTO.—Trabajo literario que se escribe, se publica, se cobra y sirve luego para que lo robe algún que otro sinvergüenza, poniendo su firma debajo.



EN EL CABARET: Dib. GARCIALEZ.—Madrid.

Ella.—¡Chico, cualquiera te conoce! Cuánto has cambiado...

El (distráido).—Phs; el último billete que me quedaba.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

ESCENAS DE VERANO

MIGUELCHO EL PESCADOR

Es un puerto de la costa
cuyo nombre, que no olvido,
no quiero citar aposta
por ser harto conocido,
comenzaba su labor,
a punto de amanecer,
Miguelcho, gran pescador,
y Marichu, su mujer.

Juntos pusieron las redes,
los anzuelos y la caña,
como no pueden ustedes
figurarse con qué maña,
y cuando contentos vieron
la barca limpia y ligera,
muy tristes se despidieron
hablando de esta manera:

—¡Que pesques mucho, con brío!
—¡A eso voy!

—¡Y que te acuerdes
que si vuelves de vacío
como otras veces, me pierdes!

¡Mira que estamos en cueros,
que no hay pan en la alacena
y sin pesca no hay dineros

y sin dineros no hay cena!

—¡No te apures y confía
porque antes de la piel!
¡Hasta la noche, María!
—¡Hasta la noche, Miguel!—

Mal día fué, de tormento,
para el pobre confiado,
porque las olas y el viento
ahuyentaron el pescado,

y lentas y abrumadoras
y con un hambre canina,
vió deslizarse las horas
sin pescar ni una sardina.

Y menos mal, que el idiota
llevaba escondida allí
una magnífica bota
de excelente *chacolí*.

Trago viene y trago va
se pasó la tarde entera,
hasta que de noche ya
pescó la gran borrachera,
y haciendo *eses* la barquilla,
como si fuera el beodo,

pudo llegar a la orilla,
pero vacía del todo.

Como Dios le dió a entender
saltó el hombre torpemente
y allí estaba su mujer,
que le preguntó impaciente:

—¿Has pescado mucho?

—¡Sí!

—¡Gracias a Dios!

—¡Míralo!

—¿Dónde lo traes?

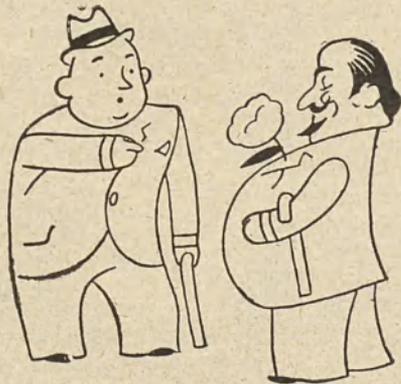
—¡Aquí!

—¡Pues no lo veo!

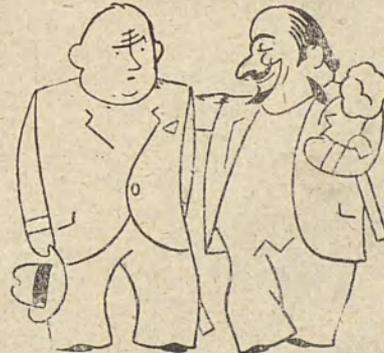
—¡Ni yo!

Y en efecto, no mentía,
sino que era la verdad
cuando el marido decía
que pescó una atrocidad,
pues lo que Miguelcho trajo
fué una *merluza* tan fina
que le costó gran trabajo
poder llegar a la esquina.

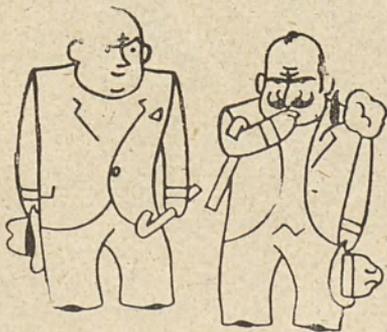
FIACRO YRAYZOZ



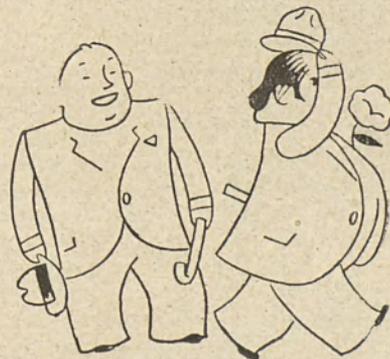
—Qué rosa más bonita lleva usted.



—No, señor, no es una rosa es un heliotropo.



—Oiga usted. ¿Heliotropo se escribe con h o sin ella?



—Tiene usted razón, es una rosa.
Dib. BERNARDH.—Paris.



Si algún lector afortunado ha tenido la dicha de estrenar un traje en época no tan remota que de su imaginación se haya borrado tan solemne acto, yo le bendigo, le admiro y le compadezco. Y compadezco también al sastre confeccionador.

Les compadezco, sí; no rectifico ni una sola letra.

Yo conceptúo mucho más difícil estrenar un traje, que un sainete; porque, para esto último, basta tomar el asunto de otro ya estrenado, cambiando ligeramete el diálogo y el lugar de la acción; no rendirse ante las vejaciones de empresarios más o menos corteses y correctos—casi siempre menos—, y... tener paciencia para esperar una ocasión. Pero el estreno de un traje, es algo más serio, por mucha paciencia que se tenga almacenada en el recóndito lugar del alma o del cuerpo destinado para albergue de esa cualidad, que no sé si es virtud o defecto...

Para estrenar un traje, lo primero que se necesita es dinero. Cuando se posee este talismán, no hay problema, en el sentido económico de la frase: el problema se inicia cuando se encarga el traje careciendo aún de dinero para pagar al sastre, que dicho sea secretamente, es el caso de la mayoría de los mortales.

Pero vamos al tema inicial de esta charla, del cual nos hemos desviado un tanto: el acto de estrenar un traje—un traje en un acto, que suele dividirse en muchos cuadros; sobre todo si es así el dibujo de la tela.

La llegada del dependiente de la sastrería al domicilio del parroquiano, es un verdadero acontecimiento familiar.

—Señorito: aquí traen ya el traje—grita la criada, o quien abra la puerta, si es que no hay criada o no la da la reverendísima gana de abrir.

—¡Ya!... ¡Ya era hora!—exclama a lo lejos, con vanidoso acento, una voz varonil.

—Está bien—dice ufano al dependiente, tomando con despectivo gesto las prendas que componen el anhelado traje, y simulando no advertir un doblado papelito que también le ofrece el dependiente—. Me lo probaré, y ya veremos qué ha hecho aquí ese hombre—“ese hombre”, es el sastre.

—¿Va usted a pagarlo ahora?—se atreve a insinuar tímidamente el portador, acercándole más la factura.

—¡Hombre, ya he dicho que me lo probaré! ¡No es puñalada de picaro!—responde amostazado el señorito.

—Son cuarenta y tres duros, nada más—añade el dependiente, leyendo la factura.

—¡Se lo probará! ¡Se lo probará!—exclama al unísono toda la familia.

Y el dependiente sale cabizbajo, pensando en la “subida” que le dará su jefe al verle regresar con la factura, y en la esfumación de la propina que esperó alcanzar del parroquiano. ¡Ilusiones muertas!

No bien ha desaparecido tras la puerta de la escalera el desconsolado dependiente, en cuyos oídos sigue repercutiendo la fatídica frase: “¡Se lo probará!”, el afortunado poseedor del traje corre a encerrarse en cualquier habitación, para probarse, efectivamente, una tras otra, las prendas que lo componen. A la puerta quedan sus familiares, impacientes por ver al mimado de la suerte, cuya

tardanza suele prolongarse demasiado.

—¿Qué tal te sienta?—pregunta la más impaciente de las mujeres, acercando su boquita a la rendija de la puerta, en la que deja estampada la huella carmín de sus frescos y suaves labios.

—¡Ahora lo veréis, caramba!—responde el preguntado, ahuecando la voz y dando a la frase cierto acento mayestático y rimbombante.

—Pero... ¿cuándo vas a salir?—pregunta ya intranquila, otra.

—¡Ahora voy, diantre; que es que me había abrochado el chaleco en los ojales de la americana!...

Y tres segundos después, hora más o menos, se abre la puerta y en su centro aparece el ídolo de aquella minúscula multitud, ostentando orgulloso el flamante y codiciado terno y procurando erguir el cuerpo y elevar la faz, un poco sonriente, para dar mayor interés y vistosidad a su cuerpo jacarandoso.

—¿Qué tal me está?

—¡Admirable!

—¡Estupendo!

—¡Superferolítico!

—¡Brutal!

—Mejor que a una anguila su propia piel.

—No tiene ni un solo defecto.

—¡Gracias a Dios que voy a llevar un traje a mi gusto!—exclama el homenajead, a la vez que gira lentamente sobre los talones, para exhibir el traje en toda su extensión.

—De aquí, de la sisa, parece que te tira un poco...

—Sí, eso iba a decir yo — afirma otra.

—Y los botones no están a nivel de los ojales...

—A ver: vuélvete de espaldas—tercia otra—. El cuello está bastante desbocado...

—Y la americana, en general, muy corta.

—Eso podría pasar—reincide la primera—. Lo que no es admisible, ni tiene arreglo fácil es el pantalón. Telo han dejado como una lavativa. ¡Ahora que se llevan tan holgaditos!...

—Y el chaleco está excesivamente descotado. ¡Parece para frac!

Cerca de media hora dura el capítulo de defectos, hasta que ya el "favorecido" termina por despojarse de las prendas y arrojarlas, malhumorado, como viles guiñapos, sobre la silla más a su alcance.

—¡Lo llevaré al sastre y que lo rehaga totalmente!

—¿Llevarélo? Se le envía recado y que mande recogerlo a un dependiente. ¡Para eso se le paga!

—No; lo llevaré puesto, para que pueda contemplar su obra.

Y, al siguiente día, el poseedor del traje cumple su palabra del día anterior y sale a la calle embutido en aquel terno, que a él sigue gustándole y pareciéndole admirablemente confeccionado; pero que, después de todo lo ocurrido, no sabe ya si va hecho un Adonis o un elefante con americana y pantalón "chanchullo".

Los amigos se encargan de poner el segundo capítulo a la obra.

—¡Chico, qué bien te está ese traje! Si no fuese porque el pantalón parece unos zahones y el chaleco es cerrado en demasia, admirable.

—Pero puede pasar —tercia otro pollo—. Lo peor es la americana, que parece un levitón... Demasiado larga, para mi gusto.

—Pues para el mío, todo eso es *peccata minuta*—aduce un nuevo opinante—. Lo que no tiene cura es la



tela, que parece el forro de un cortinón. ¡Qué mal gusto has tenido, guasonazo!

Esto de "guasonazo" suele sustituirse por cualquier otra frase más o menos sonora y ofensiva, según la confianza y educación del interlocutor.

Lo cierto es que el "víctima", anonadado ante la abrumadora avalancha de discrepantes opiniones, torna a su

BUEN HUMOR

Lo venden en la capital de Guatemala el diario de la tarde «Excelsior» y los señores La Riva Hermanos, 9.^a Avenida Sur, número 8

casa, maltrecho y cejjunto, renegando de la hora en que se le ocurrió encargarse un traje, y sin saber si el pantalón parece lavativa o zahones, si la americana se asemeja a un levitón o a un cubrecorsé, si el chaleco peca de abierto o de cerrado, ni si la tela es lo bonita que a él le pareció o da la sensación de un cubrecamas de hospital.

Y, ante la duda, renuncia a visitar el sastre, ni siquiera para recoger la maldita factura que tan preparada llevara el dependiente en el solemne acto de la entrega del terno.

Es frecuente, en los casos de esta índole, que al regresar a casa el parroquiano se encuentre, sentadito en la escalera, al dependiente de la sastería.

—¿Qué haces aquí?

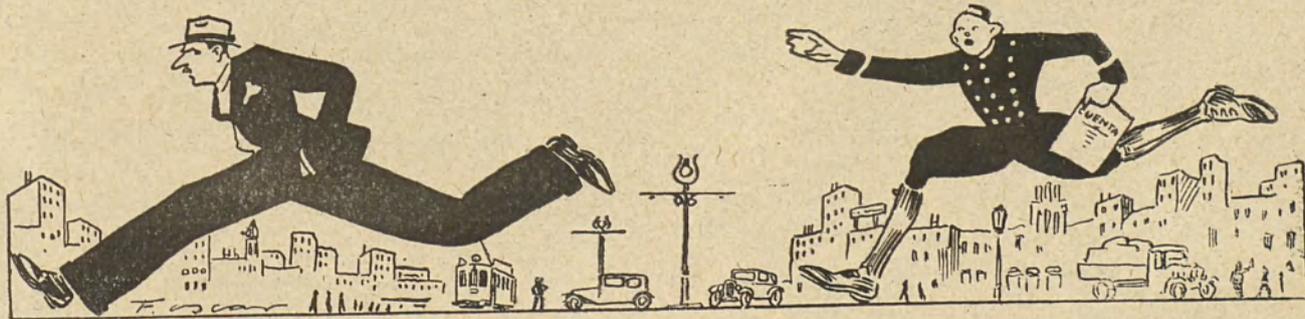
—Venía a presentarle la factura; y como me han dicho que no estaba usted en casa, cumpliendo el mandato de mi jefe, me he sentado a esperarle, dispuesto a no marcharme sin cobrar. Es una costumbre de la casa.

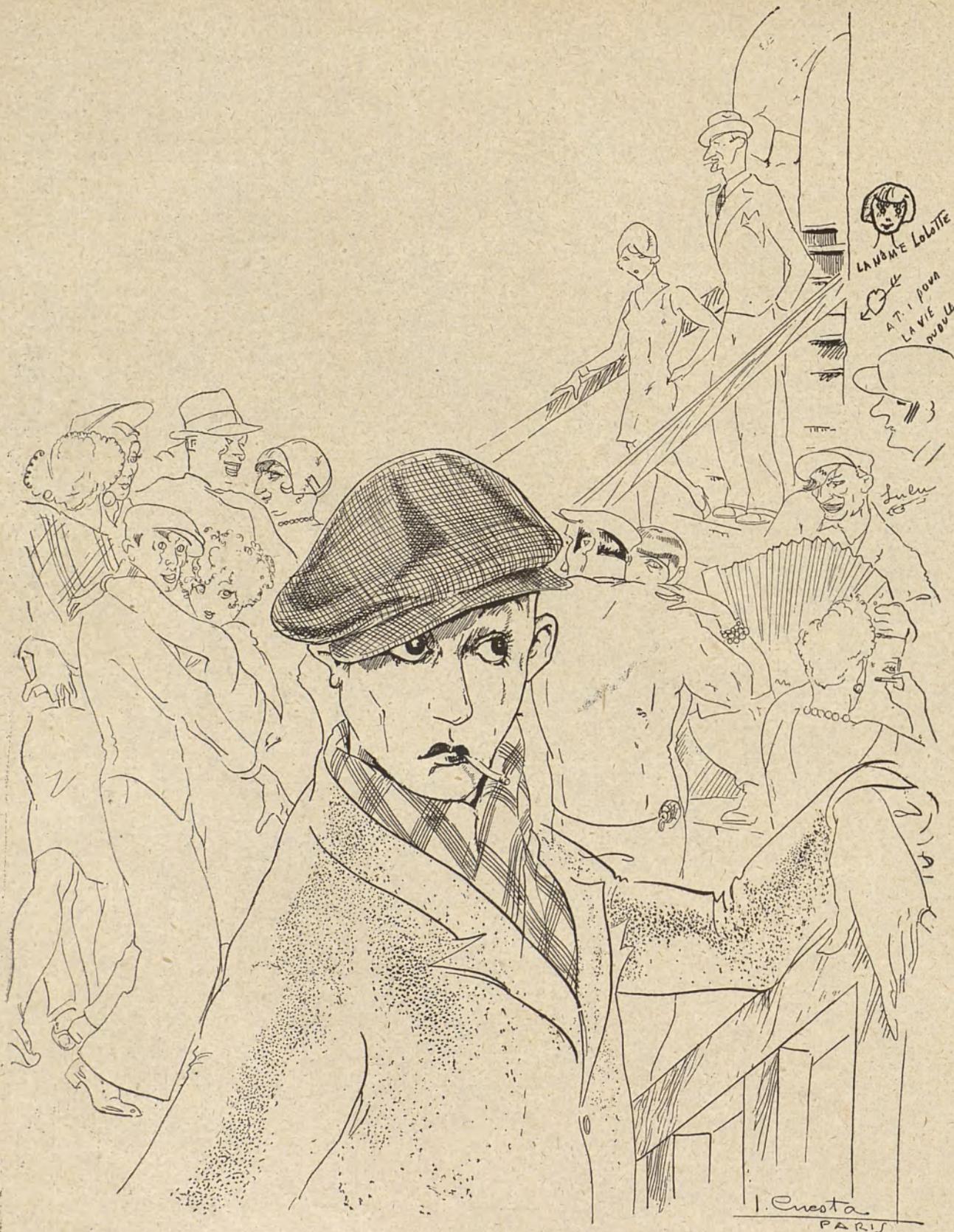
—Pues si es que tú te obstinas en cobrar, cobrarás... ¡Vaya si cobrarás! Pero mejor será que digas a tu jefe, que no le pagaré hasta que yo quiera, por las mismas razones: porque... es una costumbre de la casa.

Y, por muchas veces que esta escena se repita, el desdichado sastre no consigue ver *traducido* a pesetas el manoseado papelito hasta que, transcurridos algunos meses, la familia y amistades del parroquiano, acostumbrados ya al trajecito origen de sus censuras, se cansan de ponerles falta.

Que es, precisamente, cuando empiezan a sentar bien los trajes nuevos: cuando nadie se ocupa en censurarlos y van perdiendo ya su acentuada novedad...

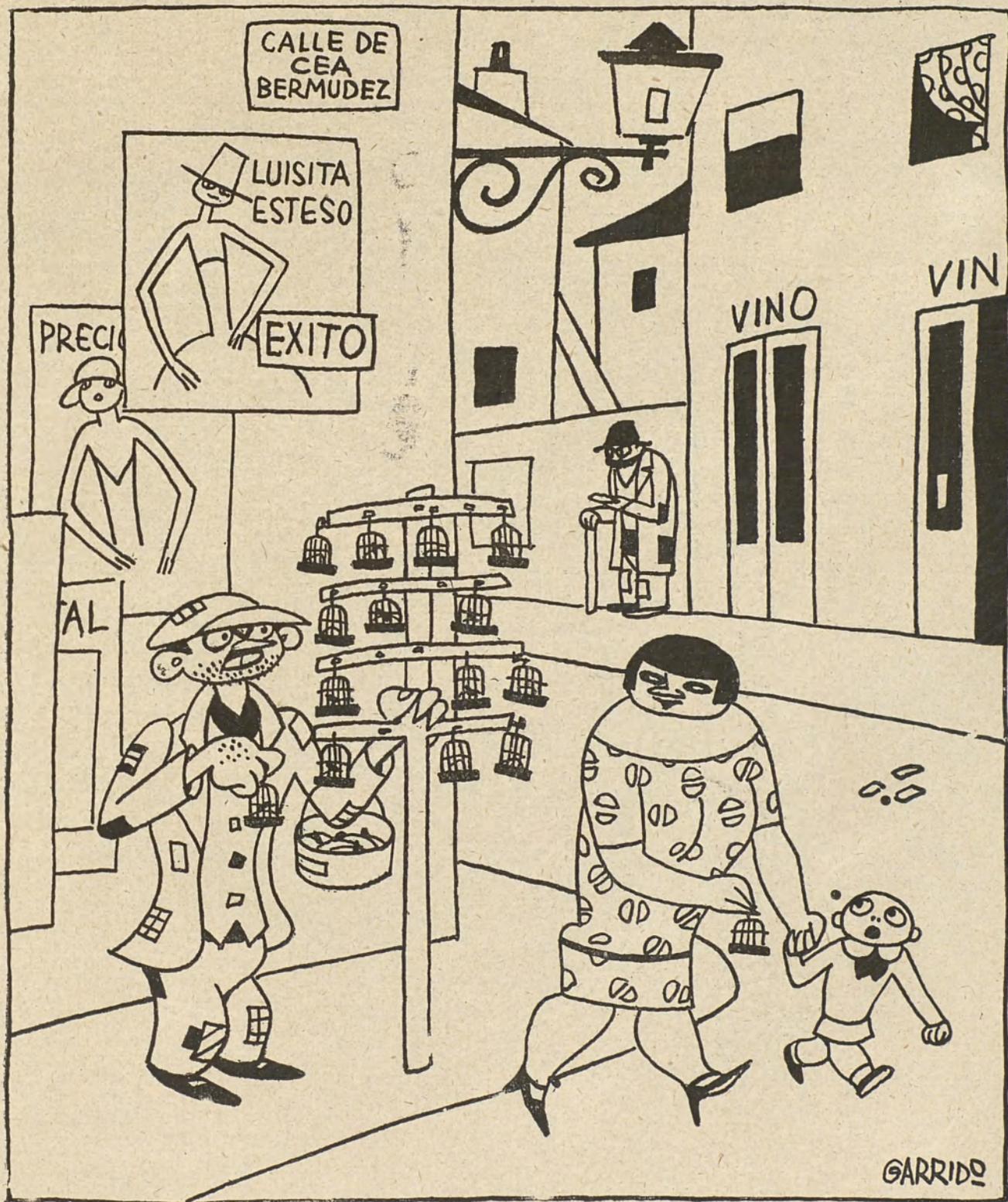
(De nuestro concurso de artículos humorísticos.)





El apache.—Sí; ella dice que es que yo me he hecho un lío; pero lo cierto es que me dijo que vendría sola a las dos, y lo que resulta es que ha venido sólo con dos.

Dib. CUESTA.—Paris.



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Me llevo la jaula, pero el grillo, no, porque canta muy mal.
—Pero, señora; tenga usted en cuenta que ahora está cerrado el Conservatorio.

El regenerador "Nacepelol"

I

No creáis que Miguel Pellejete no se daba cuenta de que el pelo se le caía. Si así pensáis estáis equivocados. Pellejete todos los días quitaba con desconsuelo los cabellos que abandonaban su cabeza para recluirse en el peine. Siempre que me veía por la calle me

pedía consejo. Yo le indicaba el petróleo y las fricciones como fáciles tratamientos caseros. Todos los probaba, pero el pelo cada vez más desagradecido a los bonitos sombreros que se ponía decidió irse diariamente por pequeños grupos. ¿Qué hacer para conservar el pelo que aún quedaba? No esperéis que os cuente lo de la cajita de cartón. Es

mejor perderlos sueltos que no juntos con cajita y todo. Miguel Pellejete fué a visitar al inventor del específico NACEPELOL.

—He visto los anuncios de sus maravillosos tratamientos y convencido por las fotografías he venido para que usted cure mi calvicie incipiente.

—Perfectamente, caballero. Usted curará. Observe este caso análogo al suyo—le dijo el doctor a Pellejete poniendo en sus manos unos retratos, después de reconocer minuciosamente su cabeza—. Vea. Este señor se hizo unas fotografías durante el tratamiento y así podemos poseer hoy una demostración gráfica del resultado obtenido. En ésta, que es anterior al tratamiento, está completamente calvo. A los dos frascos en esta otra, observamos cómo una pelusilla de melcoctón que cubre el cráneo. En las demás, se las entrego a usted, por orden según avanzaba el consumo del regenerador, podrá ver cómo aumenta lo poblado del pelo, hasta esta final en que es casi normal el cabello.

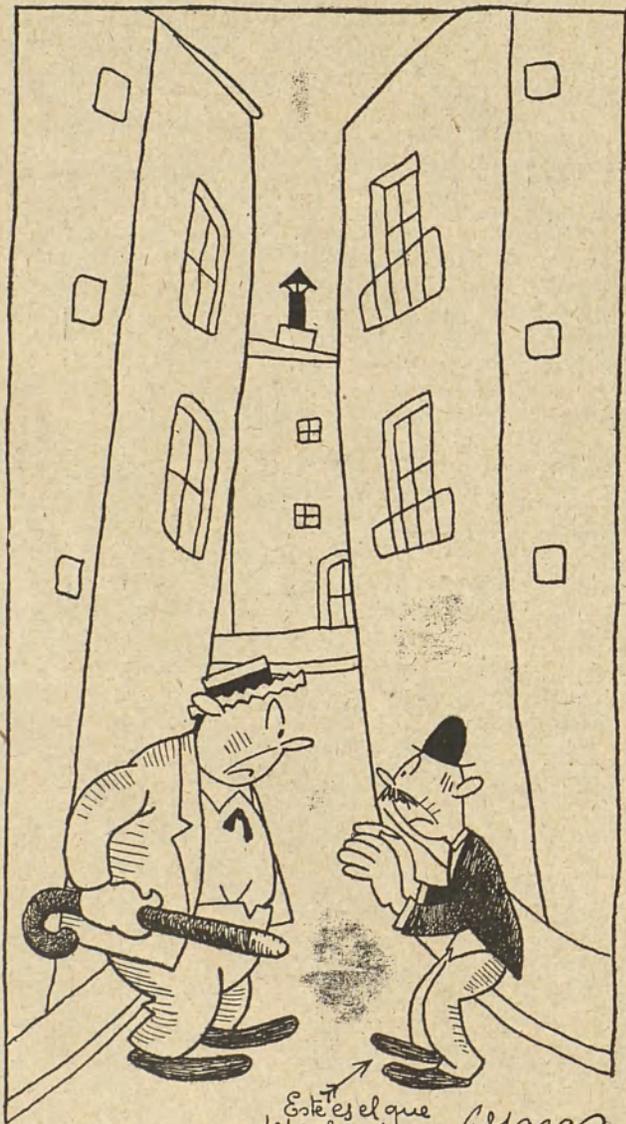
—Pues pongo mi cabeza en sus manos, doctor. Usted dirá.

—Cuando consuma usted estos dos frascos, concentración A, venga por aquí. Ahora le voy a retratar para que tengamos este recuerdo de su primer estado. Tiene usted todavía bastante pelo, pero reconozco que se le cae en abundancia. En los casos de calvicie total las fotografías tienen más resultado práctico por el efectista contraste entre la lustrosa calva primitiva y el pelo enmarañado al finalizar la curación. En su caso recurriremos al contraste también. Haré que su pelo, ni poco ni mucho ahora, sea tan abundante que parezca su retrato un anuncio de Blakamán.

II

Miguel Pellejete recogió escéptico y triste los dos frascos ya vacíos de la concentración A, obervó en el espejo su cabeza con el pelo más clareado, y cayó en una butaca desesperanzado del regenerador.

Cogió un periódico, le ojeó al azar, y sólo llamó su atención el anuncio del NACEPELOL con sus fotografías maravillosas: "antes" "después". Confortado volvió a tener esperanza en el re-



Dib. ALFARAZ.—Madrid.

- ¿Se acuerda usted de los cinco duros que le presté?
 —No sé, no sé, no caigo...
 —¿No? Pues le voy a dar un estacazo.
 —¡Hombre!, espere, ahora recuerdo de ello.

generador y salió a casa del médico.

—Sin duda, señor Pellejete, la concentración A es débil para la fuerza de su calvicie. Use ahora la concentración B, y consumidos un par de frascos vuelva por aquí. Yo le aseguro que el resultado no se hará esperar. En todo caso no desespere; quedan todavía clases más concentradas. De todas formas, para que comprobemos en su próxima visita, le voy a hacer otra fotografía.

III

Pasó la concentración B, y detrás la C, la D, la E, la F..., seguidas todas por el pelo de Miguel Pellejete, que hacía causa de rebelión contra las pringosas sustancias regeneradoras que tínicamente querían sujetarle.

El doctor-fotógrafo (así podemos llamarle porque cada visita era una consulta y una fotografía) tenía una magnífica colección de retratos de Pellejete. Desde el primero de frondosidad casi selvática, hasta el último de desértica desolación, pasando por otros de esparcidos oasis, componían juntos una colección bien graduada.

Pellejete tuvo que coser unos tufitos a la badana de su sombrero para disimular algo su situación. Maldijo la calvicie, el doctor y las drogas; maldijo los anuncios convincentes, los espejos delatores, los cabellos emigrantes; maldijo la naturaleza que no atornillaba el pelo en la piel. Y decaído, desesperado, tirado en una butaca, paseaba triste la mano por el hemisferio capital de su cuero cabelludo. (Es un decir.)

Quiso distraer su desolación en un periódico y pasaba inconsciente las hojas sin apereibir su contenido, hasta que un anuncio de gruesos caracteres le despertó.

“¡No más calvos! ¡El que es calvo es porque quiere! ¡Usad NACEPELOL y os vendrá al pelo. ¡Constantes éxitos en veinticinco años de vida! ¡Aún está por llegar el primer fracaso!”

“Tenemos empapeladas las oficinas con diplomas y “accésits” de todas las Exposiciones. Medallas de oro en las Exposiciones de Milán y Burdeos. Primera medalla de honor en el Congreso de Munich. Medalla religiosa en el Congreso Eucarístico de Chicago, etcétera, etc. Si el inventor se pusiera to-



Dib. SERNY.—Madrid.

—Toco el tambor estupendamente. Hago de él lo que quiero.

—¿Sí? Pues bien podía usted hacerme un sombrero de paja, que no tengo

das las medallas que tiene no podría andar.”

“Hay varias concentraciones para regular el uso.”

“¡El NACEPELOL siempre vence!”

Jadeante, ansioso, devorando más que leyendo, siguió Miguel Pellejete los renglones del anuncio sin fijarse hasta el fin en las fotografías que le acompañaban. Eran dos retratos suyos. El primero y el último; el frondoso y el calvo, pero en orden inverso. Bajo

la oronda calva ponía: Don Juan Pérez y Pérez (Corredora Alta, 3, corredor bajo), antes del tratamiento.” Y su enmarañada cabellera presidía este epígrafe: “Después de usar varios frascos de NACEPELOL.”

Miguel Pellejete rompió el periódico lleno de rabia. ¡Entonces comprendió para su desgracia los sorprendentes efectos del regenerador!

PEDRO GARCIA ORMAECHEA

De cómo estuve a punto de ser raptado

Cuando el portero subió a anunciarme que abajo me esperaba una señorita conduciendo un automóvil, mi padre, mi madre, mi hermana la casada y mi hermana la soltera me observaron durante unos minutos con idénticos gestos de asombro.

—¡No vayas!—ordenó mi padre.

—No debes ir—dijo mi madre, ya con lágrimas en los párpados.

—Olvida a esa mujer—me aconsejó mi hermana la casada.

—Sí; olvídala, por nosotras, que no tenemos otro apoyo, el día que papá muera, que el que tú quieras prestarnos—añadió con voz triste mi hermana la soltera.

Intenté tranquilizarles. La joven del "auto" era una señorita formal y una buena amiga mía, únicamente. El que condujese un coche y el que viniera a buscarme no eran motivos suficientes para aquel terror. Un automóvil y un amigo no son una deshonra para una mujer por el solo hecho de tenerlos.

—Si fuera yo el dueño del "auto"—concluí—, iría a por ella; pero como no lo soy, viene ella a por mí. La vida moderna...

No pude darles una idea de lo que en aquellos momentos significaba para mí la vida moderna; tan nervioso estaba. Callé, pues, hice un gesto enérgico y me puse el sombrero.

Hasta el recibidor llegaba el sonido quejumbroso de la voz de mi hermana Laura, el hipar de mi madre y la ira de mi padre, hecha puñetazos sobre los muebles y palabras poco escogidas. Se aproximó la pequeña Andrea.

—¡No nos dejes, hermano! ¡No te vayas, por favor!... Reflexiona un poco, recuerda nuestra infancia, el cariño que para ti tuvimos siempre todos, la enfermedad de mamá, que aumentará seguramente con el disgusto...

—¡Basta! ¡Tengo treinta y cinco años y sé lo que debo hacer!—dije.

Y huí escaleras abajo, sin sujetarme en el pasamanos.

Lolita me esperaba en su "auto" pequeño y reluciente.

—¿He tardado mucho?

—No. ¿Adónde quieres que te lleve?

—Adonde tú pensases ir; me da lo mismo.

Nos pusimos en marcha y durante

algún tiempo caminamos velozmente, dejando atrás árboles, tierras y poblados llenos de perros, gallinas y chicos.

—¿Vas bien?

—Sí—dije.

E inmediatamente me avergoncé de la mentira. No iba bien, no. El recuerdo de la escena familiar era como un gusanillo que se agitaba dentro de mi cerebro y que, de vez en cuando, me roía vorazmente. "Estarán llorando—pensaba—. Estarán llorando. Y a mamá es posible que le haya dado el ataque..."

—Es bonito el paisaje, ¿verdad?

—Precioso—afirmé.

Pero también mentía. ¡Bah! Todos los paisajes son iguales. Todos los paisajes tienen horizonte, y cielo, y lejanía. El que más, el verdadero paisaje de los pintores, alguna nube, una bandada de pájaros, un rebaño...

"Mi padre se habrá marchado al casino, tras del portazo con que demuestra rabia; mamá estará en cama, con el ataque; Laura llorará a la cabecera del lecho, y Andrea se habrá asomado al balcón para advertir al simple de

su novio que hoy no saldrán porque están apenadísimos por mi conducta..."

—Habla algo, hombre. Parece que te has quedado mudo repentinamente o que tienes miedo de ir tan de prisa.

Precisamente miedo era aquella inquietud que se iba adueñando de mí; pero no solamente miedo a caminar raudo, sino también miedo de ella, de la mujer que a mi izquierda, afianzada al volante, esquivaba la muerte, tendida a lo largo en los baches del camino o apoyada en los árboles de las cunetas.

"Debí quedarme en casa"—me reproché mentalmente. Y el reproche se repitió una vez y otra hasta que de nuevo sonó la voz de ella:

—¿Quieres decirme qué te sucede?

—Nada.

Me observó un instante con sus ojos verdes y claros.

—¡Oh, no me mires! ¡Y no me toques! ¡Eres la mujer fatal!...

—¿Quién?

—¡Tú! ¡Estoy enterado de todo! ¡Sé que has envenenado a un príncipe ruso, que has hecho saltar varias veces la banca del casino de Montecarlo, que has arruinado a un multimillonario norteamericano y que has hecho morir de celos y de amor a un estudiante húngaro! ¡Pero a mí no me engañarás! ¡O paras, o me arrojo en marcha!...

Comenzó a reír.

—¡Ahora comprendo el terror de mi familia! ¡No te rías, no! ¡Vuelve! ¡En esta ocasión tus malas artes han fracasado! ¡¡Vuelve!!

La vampiresa de corazones, la devoradora de hombres, me miró de reojo, forzó el volante luego y, más despacio, emprendimos el regreso. ¡¡Estaba vencida!!

Al descender yo del automóvil, la boca de la mujer fatal se frunció en un gesto irónico.

Ya en casa, algo más tranquilo, fingí una sonrisa y dije:

—¿Lo véis cómo vuestros temores eran ridículos?

Y principié a cenar, baja la cabeza y fija la mirada en el cubierto.

José SANTUGINI



Dib. TAULLER.—Madrid.

El cirujano.—Si me descuido, no llego a tiempo.

Ella.—¿Tan grave estaba el pobre?

El cirujano.—Lo que se dice grave, no; pero es que un día o un par de días más y se habría curado sin mi intervención.

Poesía estival

El patio sevillano

No sé qué tiene el patio,
el patio sevillano,
cuando el calor horrible
del tórrido verano

No sé que tiene el suave
murmullo de la fuente,
cuya canción arrulla
e incita dulcemente
los ojos a cerrar.

No sé qué sus macetas
de plantas tropicales,
de frescas y anchas hojas,
que efluvios orientales
parecen esparcir.

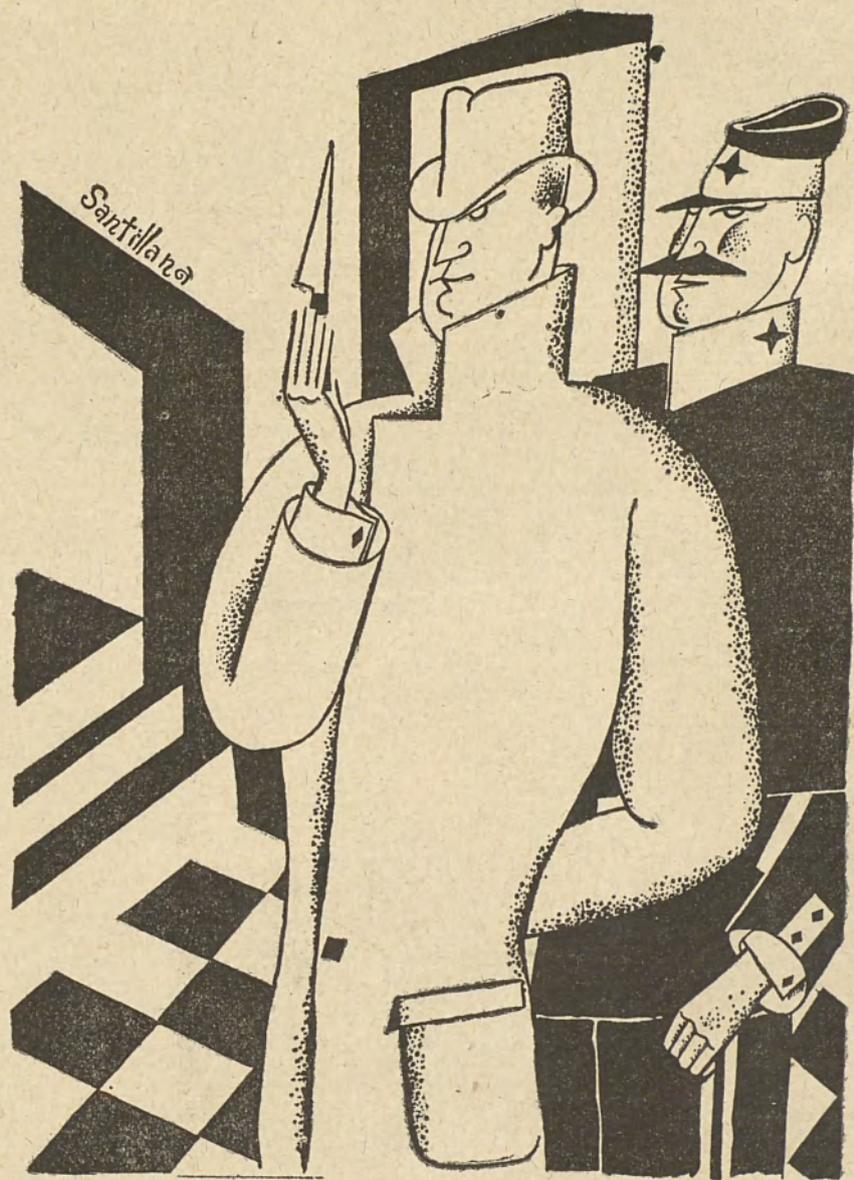
No sé qué las columnas
de bellos capiteles
que el arte y la paciencia
de arábigos cinceles
lograron construir.

No sé qué el abanico
que harto ya de dar viento
se escapa de la mano
dejando el somnoliento
monótono *ris rás*.

No sé qué la andaluza
cuando a compás se mece
con lánguido desmayo
y a poco se adormece
pensando en él quizás.

No sé qué la guitarra
con lazos de colores,
ni el grato y penetrante
perfume que las flores
despiden al brotar.

No sé qué los pregones
tan llenos de alegría,
de notas que parecen



Dib. SANTILLANA.—Cádiz.

—Habiendo encontrado este cuchillo en el cuarto de la víctima, se
complica más este asunto. ¡Como que no le veo la punta!

tener la melodía
del árabe cantar.

Y no conozco nada
del patio sevillano
(ni de las mil delicias
que encierra en el verano,
según oigo decir).

porque en Sevilla vivo
en un piso tercero
que es, por desgracia mía,
de chineches un vivero
y horrible *freidero*
que no puedo sufrir.

EL INTERESADO

NARRACIONES AMARGAS

Vida y muerte del heroico domador Hans Blum

Es más que probable que ustedes no dilapiden cuarenta céntimos en la adquisición de BUEN HUMOR para leer narraciones amargas... Pero como el elegante y zaragozano director de este semanario no tolera narraciones picantes, y como ya hemos escrito una porción de narraciones gordas y dulces, resulta que solamente lo amargo es lo que tenemos por explotar. Sirvanos esta explicación de des-

cargo para las atrocidades que siguen, y tengan ustedes en cuenta en lo sucesivo que la narración no puede ser nunca más que dulce, picante o amarga, salvo los rarísimos casos en que es saludísima, cosa que no le puede suceder a ninguna narración mía porque yo no tengo salero; y no lo tengo desde un lejano día en que mi esposa me lo rompió en la cabeza, durante una encantadora discu-

sión íntima en que yo traté de hacerla ver que la sopa tenía poca sal, sin que ella lograra, a pesar de lo fuerte del golpe, que yo acabase teniendo sal en la mollera, desaprovechando la única oportunidad que se me ha presentado en la vida, pues no volveré a tener la susodicha sal tan cerca del indicado sitio como entonces...

Pero, en fin, ya que se trata de poner mano a una narración amarga, dejemos otra clase de recuerdos, también amargos, a un lado y ciñámonos al tema con voluptuosidad patagónica.

Como ya sé muy bien que escribo para lectores conscientes, no he de velar las crudezas del drama que me propongo referir. La cosa es horrible y bastante bestia, y no estaría bien dedicarla una prosa escogitada y armónica ni tampoco un verso flúido y relampagueante. Además, que yo no soy Eugenio Sué (que en paz descansase) ni Eugenio d'Ors (que en paz descansasen sus lectores) para permitirme el lujo de narrar las cosas con un estilo convincente, imponente y grandilocuente. Yo escribo para que me entienda todo el mundo, gracias a Dios, y así me va muy bien, aunque no me traduzcan al portugués ni me den banquetes, cosas ambas que me tienen sin cuidado, pues a mí no me tienen con cuidado más que los automóviles, que hay muchos y no siempre van por el sitio debido para descuidarle a uno.

Y como creo que este exordio se va haciendo ya más largo que el tren corto de Guadalajara, corto el exordio (quiero decir que corto el exordio largo, y ustedes perdonen el lío) y, una vez cortado, paso a referir el truculento y amargo jaleo que les había anunciado a ustedes en el lejano comienzo de estas líneas.

Oído y precaución:

Yo he conocido domadores brutos, pero como Hans Blum ninguno.

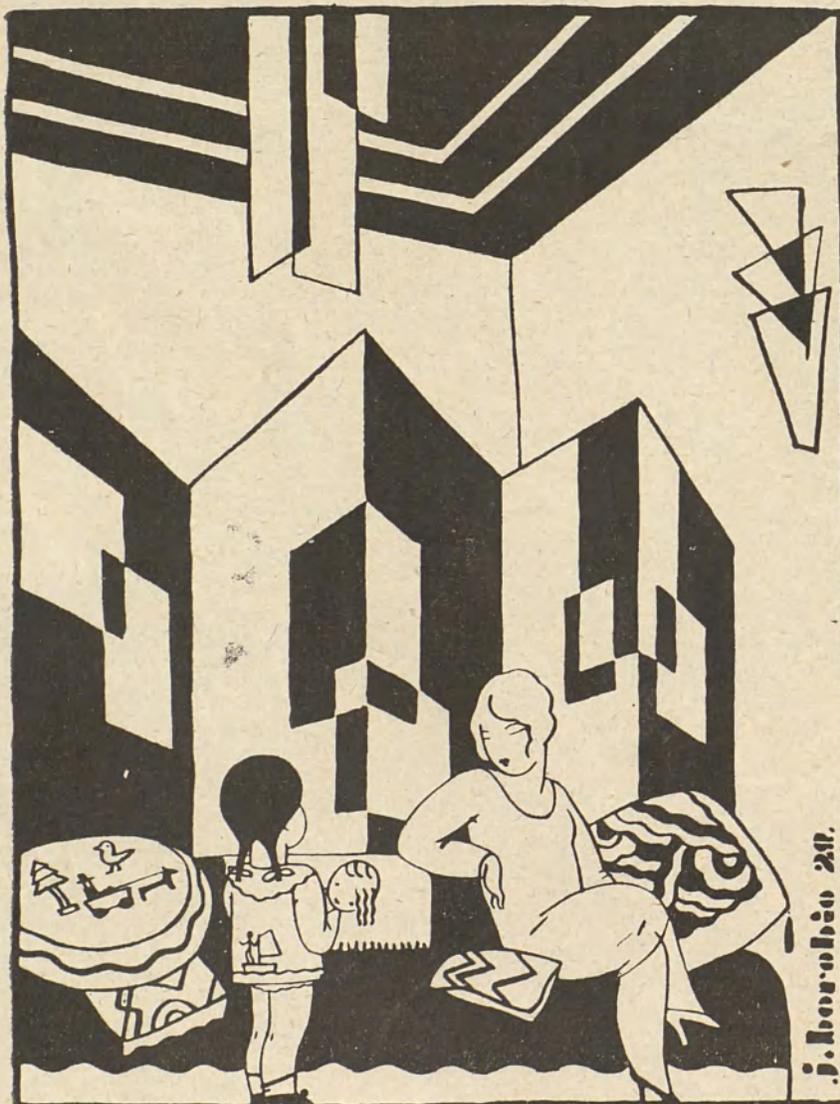
¡Qué bruto era Hans Blum!

¡Pero qué bruto, señores!

¡Era una verdadera caballería!

¡No he visto nada más animal!

Supongo que no tendré que decir más para describir el personaje, y me inunda la satisfacción al pensar que con cuatro palabras se han da-



Dib. BOROBIO.—Madrid.

—¿Por qué no has querido comer hoy pan?

—Me da asco. Me ha dicho la maestra que estaba amasado con el sudor de papá.

do ustedes perfecta cuenta de cómo era el protagonista de mi relato, hasta el extremo de que, si le vieran en una jaula, dirían: "¡Ese es Hans Blum!..." Y seguramente no se equivocarían ustedes si Hans no estuviera a estas horas completamente muerto, como por desgracia lo está.

Pero no adelantemos los acontecimientos, como dijo el otro.

He dicho que Hans Blum era un animal y lo repito con más razón que los schotis de Guerrero; y he dicho que Hans Blum era domador y lo sostengo, también con más razón que las empresas sostienen en el cartel las obras del supradicho Guerrero, en las que campean los supracritos schotis.

Me permito suponer que ustedes querrán saber de qué clase de bicho era domador Hans Blum. Desde luego, advierto que no era domador de pulgas, cosa que habrán adivinado ustedes, porque ya dije que esta es una historia amarga, y si se hubiese tratado d'e un domador de pulgas, habría sido una historia picante, o sea de las que están prohibidas.

Resumen: que Hans Blum era domador de elefantes cuando yo le conocí; y no quiero decir con esto que las pulgas pican y los elefantes amargan, no. La historia es amarga, pero no por culpa de los elefantes. El elefante es un animal buenísimo (y no lo digo porque yo le haya comido nunca), y aunque tiene la desgracia de ser un animal muy grande, Hans Blum era un animal mucho más grande y no le podía venir por ese lado ni la amargura ni el infortunio. Fué por lo que ustedes verán, si tienen paciencia (mejor dicho, si tienen más paciencia todavía).

Quedamos en que Hans era domador de elefantes, y vamos a quedar en que un día se cansó de domesticar paquidermos, al advertir la escasa emoción que en el público producía el numerito. En efecto, Blum era valiente como Nobile, frío como el Polo y sereno como el vigilante nocturno del barrio de Pzazas; y para un hombre así, tratar con elefantes es depresivo. El elefante no es un animal temible, y no producirá terror en los circos hasta que se le monte sobre ruedas y el domador corra el peligro de morir aplastado. Así sí. De otra manera, ¡de ninguna manera!...

Hans Blum, por consiguiente, quiso

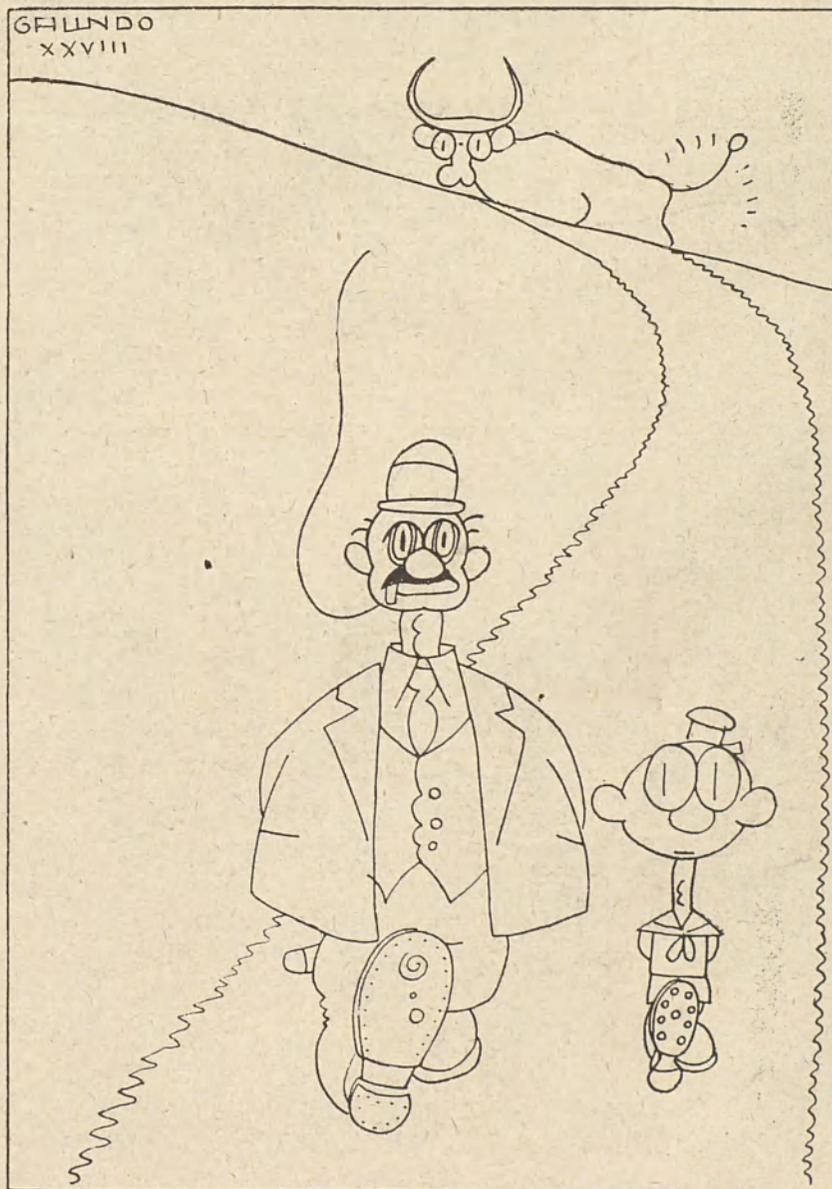
sacar partido del corazón heroico con que le había dotado la madre Naturaleza, y de la noche a la mañana se convirtió en domador de fieras horribles y cavernosas.

Debutó poco tiempo después, en un circo de Munich, al frente de ocho tigres tan espantosos que hubo sustos y desmayos allí y carreras en Madrid, si bien las carreras de Madrid fueron de caballos, y lo consignamos sencillamente para registrar la coincidencia; pero esto no aminora el

valor de Hans, que estuvo hecho un verdadero e indiscutible coloso.

Al año y medio, Hans y sus tigres eran populares en ambos mundos. El gachó estaba cada vez más valiente y los tigres rugían cada día mejor. En los carteles le llamaban capitán. En los cuarteles no, porque no lo era; pero el público se lo creía, y daba lo mismo.

Un día, a pesar de los triunfos, Hans Bhm se aburríó de los tigres porque no acababan de entender el



Dib. GALINDO.—Madrid.

—¿Sigue mirando?

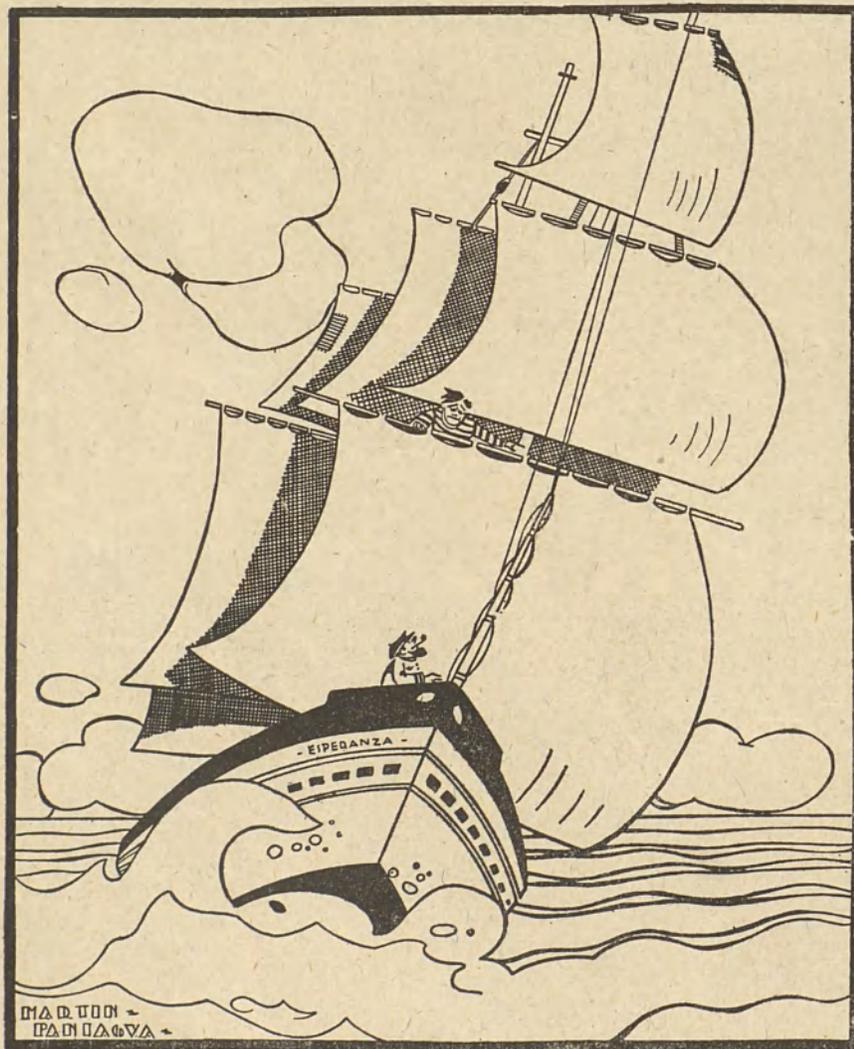
—Sí. No vuelvas la cabeza, no sea que note que has tenido la escarlatina.

alemán. Cuando lo supe, me alegré de no haber tenido necesidad de ser domesticado por él, pues como yo tampoco entiendo el alemán, también se habría aburrido de mí. En resumen: que el aguerrido domador anunció su despedida como domador de tigres, para dedicarse a fieras más complicadas; pero se conoce que los felinos se enteraron de su próxima cesantía y, molestos con él, le hicieron una trastada, de resultas de la cual Hans no sólo se despidió de los tigres, sino que se tuvo que despedir de la oreja izquierda, que uno de ellos se la metió entre pecho y espalda como recuerdo.

Ahora bien: como para seguir sien-

do domador no hace falta lo mismo que para seguir siendo barítono (es decir, tener oído), Hans Blum no concedió importancia a la deglución y degustación de la mencionada oreja, y hasta se alegró de que el público aplaudiese al tigre, con lo cual demostró que estaba enterado de que cuando hay oreja debe haber ovación, pues lo contrario sería absurdo.

A la semana siguiente, Hans Blum vendió los tigres a un fabricante de alfombras de piel de tigre que estaba deseando poderlas dar legítimas; y, con el dinero de la venta, adquirió cuatro leones, más salvajes que el pastor que apedreó el tren el otro día en las inmediaciones de Pancorbo.



Dib. PANIAGUA.—Madrid.

- ¡Capitán! La banda de babor toca en un escollo.
—¿Entonces... ¿ese ruido?
—Ya os he dicho que está tocando la banda.

Debutó con ellos en el circo de Francfort, y a los dos meses los leones estaban de moda. Claro es que más de moda hubieran estado si hubieran tenido la melena a lo *garçón*; pero a pesar de ese pequeño detalle, insisto en que estuvieron de bastante moda.

Pero también se cansó de ellos nuestro héroe.

Ignoro si se cansó porque un día se le comieron una pierna, pero lo dudo, pues con una pierna era lógico que se cansase menos que con las dos.

Concretando: que Hans Blum regaló los cuatro leones a la Casa de Fieras de Andorra y se hizo domador de tiburones, debutando en la playa de Deauville, en la cual hay muchos junto a la *orille*.

Su número tuvo un éxito formidable entre los veraneantes; pero, al cuarto día de exhibición, el tiburón más listo se le comió la otra pierna y parte de un brazo.

Aquello empezaba a ponerse feo, y Hans Blum, considerando que el mejor amigo del hombre es el perro, se hizo domador de perros.

Pero, como cuando un hombre tiene desgracia es que no hay manera y como, parecía que estaba escrito que todas sus fieras se le tenían que comer algo, el perro en el que más confiaba se le comió un día el *bisté* que tenía preparado para él.

Hans Blum, empezó a sentir miedo de toda clase de animales y anunció su retirada.

Y el mismo día de su despedida definitiva como domador, un nigromante francés le vaticinó que moriría a manos de una fiera de las que él había pretendido domesticar.

Y, en efecto...

A los cuatro días, Hans Blum falleció despedazado (o acabado de despedazar) por su entrañable y distinguida suegra.

No me sorprendió.

Me lo figuré en cuanto supe que la tenía.

ERNESTO POLO

MIXTURA ESPECIAL EMILMAT

Devuelve a las canas el color que antes tuvieron

DEL BUEN HUMOR AJENO LA CONSULTA

por FERNAND SERNADA

Como veía que movía los labios y no pronunciaba una sola palabra, interrumpí su soliloquio:

—¿Qué le pasa?

—Pensaba en lo que acaba de ocurrirme.

—Y que parece que le preocupa.

—¡Y tanto! Vengo de casa de un médico.

—¿Está usted enfermo?

—Yo?... Nunca.

—¿Entonces?

—Verá usted. A las tres en punto me he presentado en casa del célebre doctor Morticolus, y como eran horas de consulta, el criado me dijo:

—Voy a pasarle inmediatamente, porque una vez empezada la consulta no le recibirá. Me hace pasar, y me encuentro con un señor calvo, sentado ante la mesa. Después de clavar en mí unos ojos que brillaban en la sombra de sus cejas espesas, volvió a enfrascarse en la lectura de los papelotes

hizo mucha gracia; y como parecía que le causaba placer al médico el que yo me tumbara en el canapé, me tumbé.

El doctor se inclinó sobre mí, me auscultó, escuchó los latidos de mi corazón, me reconoció el estómago, el hígado, me hizo jugar las articulaciones, me pidió que pronunciase cinco veces la palabra "anticonstitucionalmente", luego se interesó por lo que hacían mi difunto padre y mi difunta madre, me consultó sobre todos los individuos de mi familia, pero con tanta meticulosidad, que por un momento creí que iba a establecer gráficamente mi árbol genealógico.

Por fin, después de hacerme poner a gatas y andar de puntillas, me miró y me dijo:

—No tiene usted nada, ni la más pequeña enfermedad. Sus órganos todos están en perfecto estado. Ahora sí que le pregunto: ¿Por qué ha venido a verme?

Yo sonreí, y con voz suave le contesté:

—Muchas gracias, doctor, por las buenas noticias que acaba de darme, aunque ya sospechaba yo que no es-

taba enfermo. He venido a traerle, para que la firme, la póliza del seguro contra incendios que ha contratado usted.

El doctor palideció y dijo:

—¿No podía usted haberlo dicho antes?

—No me ha dado usted tiempo, doctor.

—¿Sabe usted que en mi casa la consulta cuesta doscientos francos?

—Lo creo; pero le confieso que no tengo ni los cinco primeros francos de esa bonita cantidad.

—Ya lo supongo... Bueno; déme esa póliza, que la firme.

Saqué del bolsillo un papel y le dije:

—Tiene usted que firmar aquí, a menos que después de reflexionar un momento prefiera usted firmar esta otra póliza en lugar de la que le he dado.

—¿Qué diferencia hay?

—A fe mía, doctor, puesto que usted me ha reconocido gratuitamente por error, voy a darle un consejo. Si le van a engañar, lo mismo le engañarán firmando cualquiera de las dos pólizas; pero con la segunda le costará menos caro.

—¿Y firmó la segunda?

—Y me dió las gracias. Pero lo mejor del caso es que como en la primera no había intervenido yo, no tenía comisión, mientras que en la segunda, que firmó por mi consejo, me quedé el 15 por 100.

A. V. DE B.

OROCREMA
FAMOSO JABÓN DE ALMENDRAS

ÚSELO Vd!

Es el mejor tratado de belleza de la piel

Es una producción de

LOS PERFUMES DE TASARA

BADALONA

que tenía delante, y yo esperé en silencio a que terminase.

De pronto, el hombre aquel se pone en pie de un salto, como si un resorte le hubiera hecho saltar de su sillón, y con voz autoritaria me ordena:

—Tiéndase en ese diván.

—Pero, doctor...

—Cálllese. No pido nunca explicaciones a mis enfermos. Tengo bastante edad para saber lo que les pasa.

Usted comprenderá que aquello me



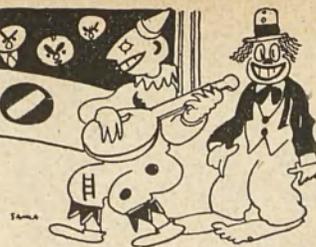
(De The Humorist).

El doctor.—Dolores de cabeza... Ataques biliosos, molestias en la nuca. ¿Cuál es su edad, señora?

La paciente.—Veinticuatro años, doctor.

El doctor (que continúa escribiendo).—Pérdida de memoria.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Un representante de una casa que fabrica plumas stilograficas se encuentra con un viejo amigo. Este le pregunta:

—¿Qué hay? ¿Qué tal va el megocio?

—Chico, haciendo el indio; estoy de plumas hasta la cabeza.

"Figg"—Madrid.

Desde la cumbre bravia que el sol indio tornasola hasta el Africa española, no hay mujer, delgada o gruesa, que no use los corsés y sostenes marca PRESA.

Presa siempre Presa

Dos andaluces decidieron abandonar España para ir a América a hacer fortuna. Se metieron en un barco y se escondieron entre unos barriles de vino para que no les vieran.

Cuando llevaban media hora navegando, uno de ellos empezó a sentir los efectos del mareo, hasta que acabó por echar la papilla.

Y al verlo en aquel estado su compañero, le dijo:

—¡Compare, ya has cogido la tajá, y no has hecho más que olerlo!

Charles Tom.—Ceuta.

—¿Cuál es la capital de Europa que tiene los teatros más bonitos?

—Madrid; porque tiene *Maravillas*.

G. Gutiérrez.—Valladolid.

El premio correspondiente al chiste del número anterior, ha correspondido al siguiente:

Confesión de un gitano:

El sacerdote.—Rezarás doce Credos de penitencia.
El gitano.—¿Doce? ¡Ay, pare cura de mi arma, en qué compromiso me pone.

El sacerdote.—¿Pues qué te pasa, hijo mío?

El gitano.—¡Que yo no zé más que uno!

Fulero.—Larache.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

COLMOS

El de un guardia de la porra:

Cortar la circulación de la sangre.

El de un chófer:

Parar en seco en un día de lluvia.

El de un bombero:

Ir a pagar lo que yo debo.

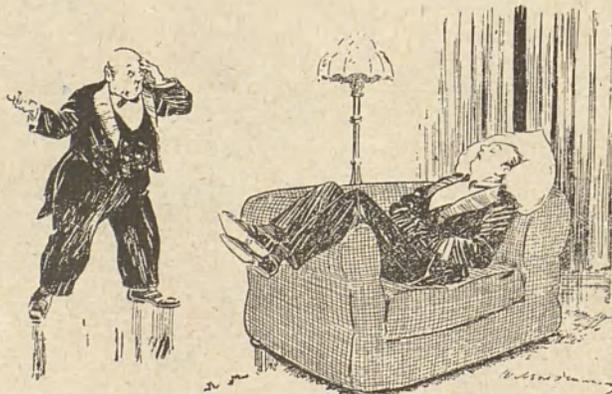
El de un cochero de punto: Ganar un duro.

Eulogio Rodríguez.

El maestro.—¿Por qué lloras, niño?

El niño.—Porque me se ha perdido el libro y he venido tarde.

El maestro.— Bueno, pero no se dice *me se*, sino se me ha



(De *The Humorist*).

El ayuda de cámara (muy agitado).—¡Señor! ¡Señor! ¡Hay un ladrón en la biblioteca!

El señor (soñoliento).—¿Qué molesto eres! Ya te he dicho varias veces que no estoy en casa para nadie esta noche.

perdido... ¿Y ahora por qué sigues llorando?

El niño.—¡Porque no sé me la lección!

Maro.—Campanario (Badajoz.)

A la puerta del teatro, un matrimonio que va a entrar en él socorre a una mendiga. Esta, agradecida, dice:

—¡Que San José les acompañe!

—¡No nos fastidies—dice el marido—, que no llevamos más que dos entradas!

Luisa Pasamonts.—Guadalajara.

Maldición gitana

Permita el cielo divino que al pasar por Fuencarral veas un sombrero LA HORRA y no lo puedas comprar...

La Horra

solo

La Horra

—Caballero—le dice un médico a un señor—, no comprendo su insistencia en venir a verme todos los días sin estar enfermo.

—Muy sencillo—responde éste.—¿No me ha hecho usted este año diez visitas?

—Sí.

—Pues soy un hombre educado ¡y vengo a devolvérselas!

Rosa Rivera.—Madrid.

—Creo que Uzcudun, antes de boxear, se dedicaba a cortar árboles.

—Sí. Uzcudun siempre ha sido un hacha.

Luis M. Meléndez.—Madrid.

En Correos.

Empleado (al jefe).—El destinatario de este giro no se ha

presentado a cobrarlo, y le hemos dado los tres avisos.

El jefe (distráido).—Pues ¡al corral!

Vicente Rodríguez
Valoria la Buena.

Un amputado de las dos piernas, hablando con un amigo, le dice:

—Usted no me creará; pero, después de mi accidente, estoy de tal modo disgustado de los ferrocarriles que jamás he vuelto a poner los pies en ellos.

E. de U.—Bilbao.

Feito está enfermo.

Su mujer, más nerviosa que de costumbre, llora y se desespera.

Ya sabes—dice Feito— que la humedad me hace mucho daño. Lo ha dicho el médico, y, sin embargo, te pasas todo el día llorando.

Verda.

A la salida del teatro.

—Verdaderamente que esta representación de "El Místico" ha sido estupenda: las señoras tenían los ojos llenos de lágrimas al terminar la función.

—Más propiamente fué representada la de ayer; representaron "Los granujas", y a la salida me quitaron la cartera. "Velasquito".—Madrid.

Entre madre e hija.

La mamá (besando a la niña).—¿Cómo es eso que tienes peste a tabaco en la boca?

La niña.—Es que me ha besado papá.

La mamá.—¡Pero si tu papá no fuma!

La niña.—No; pero fuma la mecanógrafa.

A. Betancourt.—Madrid.

Un sargento, pasando revista, pregunta a un soldado:

—¿Qué es lo primero que hay que hacer al limpiar el fusil?

—Mirar el número, mi sargento.

—¿...?

—Claro, para no limpiar el de otro, mi sargento.

C. Pa.—Alicante.

Entre labriegos del Norte.

—Oye, tú, Chaminchu; ya le di a la vaca el medicina o eso que tú me dijiste habías dau a la tuya, y morir se me ha hecho...

—¡Ené badachu! Entonses igual, igual que a la mía le ha pasau.

Tercos.—Sangüesa.

El hecho ocurrió dentro del Arca de Noé.

Una noche, a la hora de acostarse, el elefante se puso a gruñir, porque el vecino del piso superior al de él no dejaba de dar golpes sobre el pavimento, y él no podía conciliar el sueño. Acudió Noé y el elefante le dió sus quejas.

—Aguarda—le dijo—; voy a ver lo que sucede arriba y a poner orden.

Marchó Noé y al poco rato volvió y dijo así al trompudo animal:

Un poquito de paciencia, amiguito mío, el que mete tanto ruido es el ciempiés que se está quitando las botas.

Manuel Carbajosa.—León.

—¿En qué se diferencia Dios del diablo?

—¿...?

—En que al diablo le gustan las mujeres malas.

—¿Y a Dios?

A Dios, muy buenas.

Andresa Muñoz.

La Garriya (Barcelona).

El doctor (al republicano furibundo que tiene enferma a su esposa).—¿Está mal, pero confío en que vendrá pronto la reacción!

El marido (frenético).—¿La reacción? ¡Prefiero que se muera!

F. R.—Sevilla.

El marido.—¿Quién ha estado aquí durante mi ausencia?

La mujer.—¿Una amiga mía y condiscípula del Colegio del Ave María!

El marido.—¿Pues otra vez le dices a tu amiga que procure no dejarse olvidada la petaca!

Morremio Artete.—Micres.

Un escultor dice a un pobre hombre que le sirve de modelo para haecr un santo:

—¿Qué le pondría yo en la mano para que le diera el aspecto de un hombre completamente feliz?

—Póngame un par de duros en una mano y en la otra un bocadillo de jamón...

La Estaca.

Un joven que va en coche se asoma a la ventanilla y dice al cochero:

—Apriete el paso. ¿No sabe que me voy a casar? ¿Quiere que llegue tarde a casa de la novia?

—Dispésemse; voy despacio para que tenga usted tiempo de reflexionar.

Benjamín López.—Madrid.

En la terraza de un bar a un individuo se le vierte un tercio de cerveza en los pantalones, y dice su amigo:

—No tengas cuidado, que esa mancha se quita.

—¿Sequita, y tengo la pernera chorreando?

Enrique Soria.—Madrid.

Un inglés toma a su servicio un criado y le dice:

—Yo soy poco amigo de perder el tiempo en conversaciones. Es necesario que sepas entender mi lenguaje labónico. Así, si por ejemplo te pido "barba", ya sabes que me has de traer

HERNIAS
Bragueros científicos.
J Campos
Médico ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8



(De The Passing Show).

—Todavía no ha visto usted los mejores paisajes. Dentro de un momento se va usted a creer que está en el otro mundo.

la navaja, jabón, brocha, etcétera. Si te digo "higiene", me preparas el baño, etc. ¿Entiendes?

—Sí, señor...

Unos días después, cuando le sirvió en la cama el desayuno, dijo el inglés, rechazándolo:

—No me encuentro bien...

Y a la media hora se presentó el criado, diciendo:

Señor, detrás de mí suben el médico, el confesor, el de la funeraria, el sepulturero y el de la Agencia de Publicidad...

Hércules.—Enguera.

El señor Eudocio.—Me han dicho que hay un boxeador que está en decadencia. ¿Cuando le dan un golpe ve las estrellas!

El señor Eusebio. — ¿Sí? ¿Quién es?

—"Rayó".

Miguel Peregrín.—Madrid.

Correspondencia muy particular



B. C. Pontevedra.
Es usted un animal de tamaño colosal.

M. A. T. Madrid.—¡Qué feliz es usted, no teniendo más que diez y siete años!... Y, a propósito, y en vista de que aún es tiempo para retroceder, ¿por qué no abandona usted el camino de la literatura?... Es un oficio muy malo, créanos usted: si sale usted un *Carulla*, se rien de usted sus contemporáneos; si resulta usted un *Galdós* o un *Benavente*, no le dejan vivir con homenajes, banquetes, premios *Nóbeles*, etc., etc. ¡¡Es para dejarlo, pollo, para dejarlo en seguida; y tome el consejo, que es desinteresadísimo!... ¡¡Ah, si el que esto escribe pudiera volverse atrás y poner una tiendecita de comestibles! ¡¡Se iba a reír de Alejandro Dumas y de Pedro Mata, pero que hasta destrozarse las mandíbulas de tanto batirlas!... ¡¡

C. P. T. Valencia.—El Cid era valiente, desde luego. Lo han dicho muchas personas serias, además de usted, para, que osemos ponerlo en duda. Ahora bien: si el Cid se hubiese visto amenazado con la lectura de sus poesías, nos jugamos doce pesetas y media a que habría echado a correr definitivamente despavorido. Y, sin embargo, nosotros nos las hemos leído íntegras... Conclusión: que somos mucho más valientes que el Cid.

F. L. B. Cádiz.—Es usted más pesado que un carro de mudanzas con colmo.

R. E. O. Barcelona.
Su artículo ¡*Pobre Fausto!* es cochino y es brutal. ¡Nuestro público es muy casto y le sentaría mal!

Tan mal por lo menos como le va a sentar a usted la noticia de que el artículo en cuestión no nos ha resultado; pero, amigo, no le queda a usted más recurso que enjugar sus lágrimas

mas y conformarse con su triste suerte.

Pelmazo. Madrid.
Usted se ha ido a *Cestona*. Le ruego que nos perdone. ¿De verdad que nos perdona? ¡Gracias! ¡Que Dios se lo [abone!
¡Con hombres así, da gusto, qué caramba!

H. M. D. Villar del Arzobispo.—No sirve.

Lamotte. Madrid. — —
El humorista Lamotte es un distinguido zote. Y tanto la pata mete que merece el vil garrote.

¡Pero no el garrote como pena capital, no! ¡No somos tan frenéticamente crueles! ¡¡Con un garrote de diez y seis nudos nos conformamos!... El que puede que no demuestre tanta conformidad es el deplorable Lamotte susodicho.

G. H. M. Barcelona.—Dícele usted bien: Barcelona tiene *Gracia*... ¡Lástima grande que a usted le pase lo contrario que a Barcelona!...

Peludo. Huelva. — Rápese con el cero y no moleste a los Redacciones honradas que no se han metido con usted.



(De *The Passing Show*).
La doncella (a la literata).—Perdón, señora: ¿querría usted escribirme una carta amorosa para mi novio?

La literata.—¡Por Dios, Angela! Yo no puedo estar inspirada para escribirla.

La doncella.—Ya me lo he figurado, y por eso le traigo el retrato.

Fucheta. Madrid.
No existe en todo el planeta un bestia como Fucheta.

Ambrosio. Gijón.—El chiste de la mecanógrafa, rotundamente igual a como usted nos lo envía, ha salido ya en *Buen Humor* al pie de otro dibujo. Y hace muy poco tiempo, por cierto. No nos parece, por consiguiente, oportuno ni correcto el repetirlo a los lectores lo que ya les hemos dicho el mes pasado. ¿No opina usted lo mismo? ¡Pues silencio de tumba, y aquí no ha pasado nada!

C. V. R. Cáceres.—Es más tonto que ponerse a remar con dos palillos de dientes.

E. E. E. Madrid.—Su cuento *Abel* es más malo que Caín, a pesar del absurdo histórico que esto supone.

H. R. Burgos.
Su poesía *A Enriqueta*, ¿creerá usted que no me peta? Pues así es, por desgracia, dulce amigo mío.

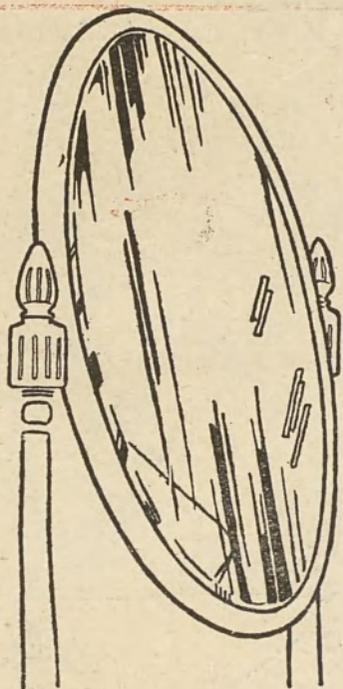
S. F. D. Madrid.—Admitido uno y parte del otro... O sea que al segundo le cambiaremos el pie, si a usted le parece; pues da la casualidad que el pie de usted huele algo mal, y eso en verano no es higiénico ni confortable.

Arsenio. Vigo.—No puede ser.

Paticas. Zaragoza.
De *Sonata* calificas a tu estrepitosa lata. ¡Y no hay derecho, Paticas! ¡Me has dado la gran *sonata!*

Inés. Madrid.
Preciosa amigueta Inés: eso, ¡ay!, publicable no es.

Iruela. Bilbao.
Ilustre cofrade Iruela: tu articulete no cuela. ¡Es más viejo que tu abuela, y no vale ni una *petal!*



NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE.

PEDID FOLLETOS EXPLICATIVOS

CREMA

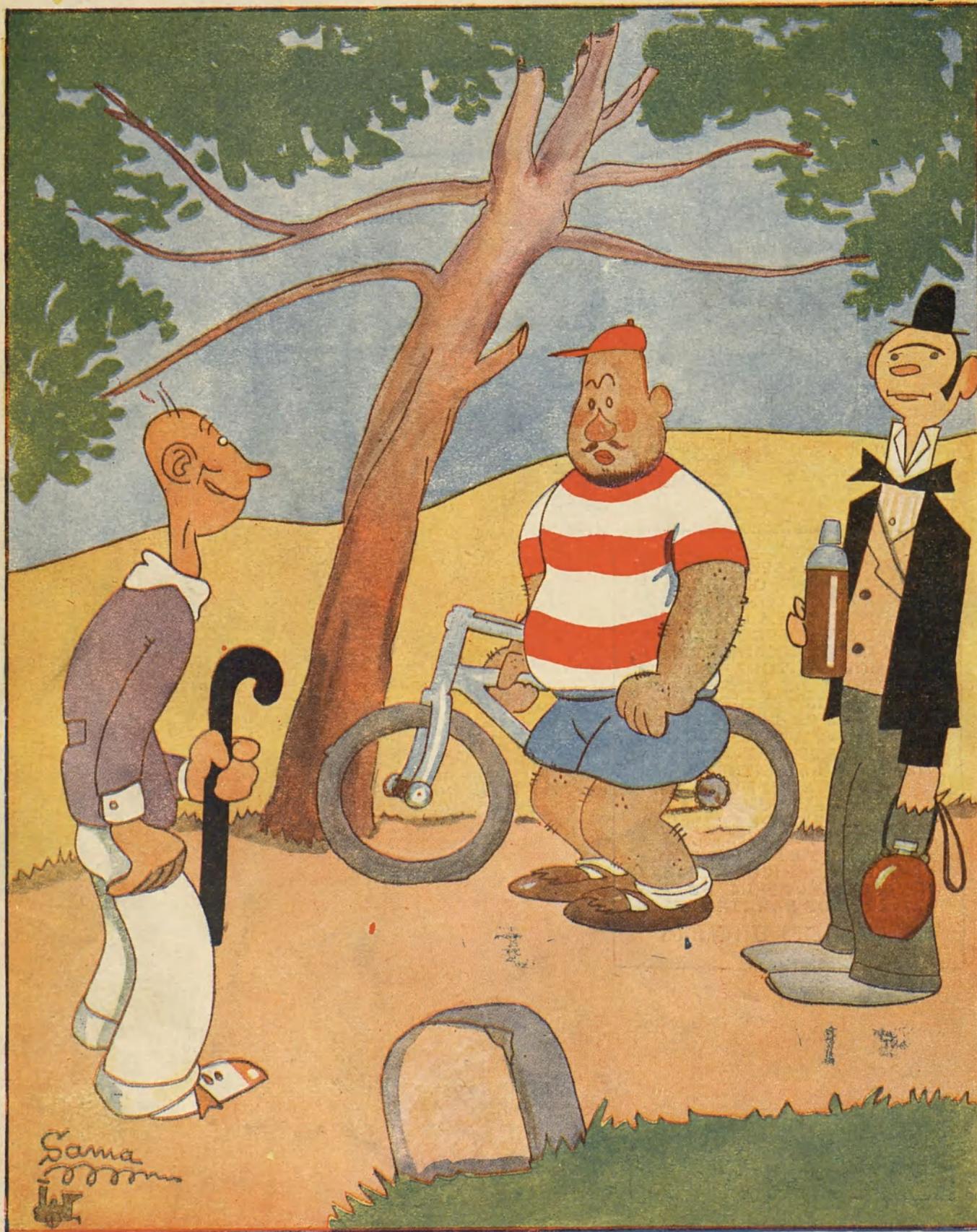
LIDA

RECONSTITUYENTE

DEPOSITARIO - URQUIOLA - MAYOR. 1 -

MADRID

BUEN HUMOR



—¡Caramba, don Polidor! ¡A sus años y aprendiendo a montar en bicicleta!...
—No aprendo a montar; es que me estoy entrenando para tocar la pianola.
—¿Y ha ido usted muy lejos?
—Sí, señor; todo "Lohengrin" y hasta la cabalgata de la "Walkyria".

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA.—Madrid.